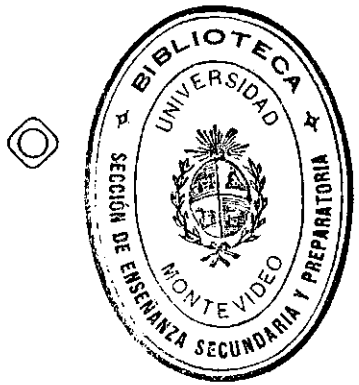
Cárlos Roxlo

El libro de las Rimas



MONTEVIDEO
O. M. BERTANI, EDITOR
1907

Elejías otoñales

I

El alma me dice
Tantas cosas buenas,
Que á veces presumo que tengo el espíritu
Poblado de estrellas.

Todos los matices
De la humana pena,
Como en un espejo bruñido la imájen,
En mí se reflejan.

X 18550

La sombra en el monte,
La fuente en la sierra,
No tienen la santa, la santa frescura
Que hay en mis ideas.

La luz de la tarde
Que agónica tiembla,
No tiene el divino fulgor melancólico
Que hay en mis endechas.

Soy eco que pasa
Y acorde que vuela,
Dejando en pos suyo un rastro lumínico
De amante clemencia.

Con mi aliento enfloro
La campiña seca,
Y al churrinche de alitas quebradas
Le pongo alas nuevas.

La araña permite
Que toque su tela,
Para que, con mis dedos, refuerce
La urdimbre arabesca.

Todo lo que sufre,
Todo lo que sueña,
Se enternece al compás de mi lira
De armónicas cuerdas.

En cambio los viles,
Las aves de presa,
Los que tienen encima del alma
Corcovas de lepra,

Huyen si preludias
Tu salve hechicera
A todo lo débil y á todo lo puro,
¡Oh lira soberbia!

II

Como las hojas de otoño,
Las secas, las amarillas,
Se van cayendo del árbol
Cuando la tarde agoniza,
Para juntar de la tarde
A la gran melancolía
Los melancólicos roces
De su angustiosa caída,
Así mis últimos sueños,
Mis ilusiones marchitas,
Me van dejando, dejando
Desnudo frente á la vida.
¡Ay de las hojas de otoño,
De las hojas amarillas,
Cuando el crepúsculo llega,
Cuando la luz agoniza!

III

En el fondo de los cielos,
Donde la tarde se acaba,
Dulcemente flota y brilla
Una estrella solitaria.
Ya recojieron las plumas
De su abanico las alas,
Y se vuelven incoloras
Del horizonte las franjas.
Hace frío, mucho frío,
Y yo, pensando en mi alma,
Digo al mirar á la estrella:
—¡Está sola; pero irradia!—

IV

Hay mucha luz, mucha luz
En tus grandes ojos pardos:
No te asombre si con loca
Ternura los idolatro.

En el bajel de la vida,
Por el mar del desengaño,
Mis ilusiones han hecho
Un viaje largo, muy largo.
¡Regresan con mucho frío,
Como emigradores pájaros,
A curarse bajo el sol
De tus grandes ojos pardos!

V

Olvidado del otoño
En esta tarde de sol,
Mi zorzal se esponja y suelta
Un dulce canto de amor;
Pero á medida que huye
La luz de la habitación,
Va entristeciendo sus notas
El pájaro silbador.
Yo también, como el zorzal,
Cuando á tus plantas estoy,

Tengo en el fondo del alma
Mucho, muchísimo sol;
Pero si de tus pupilas
Me falta el suave calor,
¡Todo el frío del otoño
Penetra en mi corazón!

VI

¡No me mires, no me mires,
Que en mis sienes hay ceniza
Y son tus ojos tan jóvenes
Que tiemblo, cuando me miras!
¡Junta tus largas pestañas,
Cierra tus grandes pupilas,
Y tu cabeza amorosa
En mi corazón reclina!
¡Así, sin que tú me veas,
Juntando las manos mías
En actitudes de súplica
Sobre tu espalda de olímpica,

Te diré frases tan dulces,
Te diré cosas tan lindas,
Te diré tantas leyendas
De soledad y de dicha,
Que arrullada por el himno
De mi pasión infinita,
Me verás como yo quiero
Que me vean tus pupilas!

VII

Con que angustia, con que inmensa angustia,
Con que angustia recóndita y grave,
Cuando bajan las hojas enfermas,
Crujiendo dolientes, girando en el aire;

Con que clementísima y ardiente ternura,
Cuando del pampero la racha salvaje,
En estos crepúsculos nublados de otoño,
Sacude á los árboles,

¡Pensarán en las hojas dolientes,
Que ruedan solitas por plazas y calles,
Las madres sin hijos,
Los hijos sin madre!

VIII

Sonaba de un organillo
La música callejera
Cerquita de los balcones
Cerrados de su vivienda.
Era un aire dulce y viejo,
Era un aire de tristeza,
Aquel aire que cantaban
Del organillo las teclas.
Murió el sol. Le dí al chicuelo
Flaco y rubio una moneda,
Mientras sin hablar decía
La angustia de mi alma enferma:
—¡Como es tan triste, tan triste
La música callejera,

Me hace pensar en las cosas
Que espero y que nunca llegan!

IX

Solos los dos nos quedamos
En el borde del camino,
Puesta mi mano en la suya
Y sus ojos en los míos.
Llegó el tren, los pasajeros
Se asomaron á los vidrios,
Y huyó la locomotora
Llevando al convoy cautivo.
Solté su mano. ¡Qué angustia
Tan honda nubló mi espíritu,
Al pensar que ella es muy niña
Para este inmenso amor mío!
¡Qué pronto el último tren,
El de los grandes olvidos,
No dejará que le diga
Las ternuras que le digo!

¡Qué pronto los pasajeros
Asomados á los vidrios,
La verán sola, muy sola,
En el borde del camino!

X

Hace muchos, muchos meses,
Me sigue un hombre enlutado,
Que echa á andar, cuando camino,
Y se para, si me paro.
Sin volverme, estoy seguro
De que me vá acompañando,
Porque sus pasos resuenan
Como el eco de mis pasos.
Cuando al espejo me miro,
Siempre en el espejo me hallo,
Cerca de la imágen mía,
Con su rostro triste y pálido.
Cuando escribo, centinela
De mis pensamientos malos,

Por encima de mis hombros
Lee las líneas que trazo.
Cuando alguna frase innoble
En las carillas estampo,
Con sus dedos de fantasma
La sombra la vá borrando.
Cuando mi boca acaricia
Dulcemente á tu retrato,
Sobre la amorosa huella
Pone el fantasma sus labios.
Se acuesta en mi mismo lecho,
Su soplo moja mis párpados,
Y duerme mi corazón
Tranquilo bajo su mano.
¿Por qué será que ese hombre
No me parece un extraño?
Cuando le miro, se endulzan
De su semblante los rasgos.
Recuerdo la vez primera
Que oí el rumor de sus pasos:
¡Amortajaba á mi padre
En mi poncho de soldado!

XI

¡Está la tarde tan triste!
¡Está mi frente tan pálida!
¡Hay tanta lluvia en las nubes!
¡Hay tanto lloro en mi alma!
¿Cuándo vendrás, primavera,
De amapolas coronada,
Con verdores de retoño
Y con conciertos de alas?
Ignoro porque te llamo,
Pues si tu lumbre me falta,
Tengo, cerquita de mí,
Toda la luz de sus cartas.
¡Ellas me hablarán de azules
Arroyos llenos de garzas,
De ombúes en que se escucha
El canto de la calandria,
Y ellas, con el dulce fuego
De sus amantes palabras,
Me llenarán el espíritu
De rasgueos de guitarra!

XII

Siempre que cerca te miro,
Siempre que cerca te tengo,
El aire me huele á nardos
Y á jazmines paisaneros.
¿Sabes tú, de tu semblante,
Sabes tú lo que prefiero?
¡Tus labios, broche de rosa!
¡Tus ojos, que son dos cielos!
¡Deja que en tus labios zumbe
La avispa de mi deseo,
Y haz, para rondar tus ojos,
Satélites con mis besos!

XIII

¡Háblame, que parecen tus labios
Los bordes de un nido!
¡Es tu voz una estrofa campera,
Un rezo dulcísimo!

¡La lluvia sacude
Temblando los vidrios,
Y la cruel surestada, en las calles,
Forma remolinos!

Atardece; lo gris se sombrea;
Se hace negro, más negro lo lívido:
¡Háblame, que parecen tus labios
Los bordes de un nido!

¡En las calles, la atroz surestada
Forma remolinos,
Y la lluvia gotea furiosa,
Gotea en los vidrios!

De una lámpara brilla á lo lejos
El tinte amarillo:
¡Háblame, que parecen tus labios
Los bordes de un nido!

Con saudades de luz, á estas horas
Se agita el espíritu:
¡Son las noches de otoño tan largas,
Tan largas, bien mío!

¡Es tu voz un arrullo de décima
Amorosa que cruza los guindos!
¡Háblame, que parecen tus labios
Los bordes de un nido!

XIV

Corazón, cuando te canses
De latir y de soñar,
Cuando te rompas y dejes
A mi pensamiento en paz,
Cuando la tierra nos cubra
De olvido y de obscuridad,
¡Aunque Dios te haga de nuevo,
No vuelvas á caminar,

Y si lates otra vez,
No sueñes, no sueñes más!

XV

En la ciudad maragata
Y en una plazuela amplísima,
Circundada por los muros
De unas viejísimas quintas;
En la ciudad á que tantos
Dulces recuerdos me ligan,
Una estatua rememora
Al blandengue sin mancilla.
Un hornero, el pajarillo
Que entre las aves nativas
Las virtudes del trabajo
Y del hogar simboliza,
Su vivienda de terrón,
Su rancho de urdimbre artística,
Puso, pensando en la patria,
En el sombrero de Artigas.

Los ediles, que no entienden
De leyendas ni de rimas,
Una tarde derrumbaron
Del hornero la casita,
Sin notar que del blandengue
El rostro se ensombrecía.
¡Hicieron mal los ediles!
¡Lo que hicieron no se explica!
¡La que forjó la vivienda
Del ave de las campiñas,
Era el alma de la patria,
La de las glorias antiguas,
La del lazo silbador
Y la del fusil de chispa,
La saludada, entre víctores,
Por el sombrero de Artigas!
¡Mal los ediles hicieron!
¡Lo que hicieron no se explica!
¡Quiso, con lógica noble,
El dulce y alado artista
Unir la patria que fué
Y la patria que principia,

La tricolor abnegada
Y la bicolor bendita,
El denuedo que liberta
Y el trabajo que sublima,
Haciendo que sostuviese
Su vivienda campesina,
Su ranchito primoroso,
El brazo hérculeo de Artigas!

XVI

Está la calle desierta,
Muy desierta y no fulguran
Los astros, que en el otoño
Como diamantes relumbran,
¡Pasan con frío las nubes!
¡Las nubes pasan con lluvia!
De su piano las notas
Apasionadas se escuchan,
Y un nocturno de Chopin
La desierta calle cruza.

¡Oh divino y melodioso
Cancionero de la música,
Haz que en la ronda de sones
Se abracen y se confundan
Su alma con el alma mía,
Mi recuerdo y su ternura!

XVII

Un perfume de heliotropos
Me vá envolviendo, envolviendo,
Como un soplo de caricia,
Como la sombra de un beso.
Miro tu dulce retrato,
A mi corazón lo acerco,
Y lloro bajo el suavísimo
Perfume de tu recuerdo.
¡Por mucho que tú me quiera,
Es más lo que yo te quiero,
Zorzal que cantas las glorias
Del nido en mi pensamiento!

XVIII

De lo mucho que te quiero
Lo mejor se irá conmigo,
Sin que nunca lo conozcas
Porque no acierto á decirlo,
¡Oh perla del mar de mi alma,
En cuyo oriènte purísimo
Los otoñales crepúsculos
Coloran sus abanicos!
Antes de verte, mis frases
Son como el ronco quejido
De unos bordones que rezan
Sobre un ensueño marchito;
Pero cuando, junto á tí,
Con tus ojos en los míos,
Quiero alzar de mis ternuras
Y de mis ansias el himno,
¡Nunca logro, nunca logro
Recordarlo ni decírtelo!

¡Calcula si será grande,
Alma de mi alma, el cariño
Que en mi corazón llamea
Como un incendio magnífico!

XIX

No me hables, no me hables nunca
De los lauros que pudiera
Cosechar, bajo otros soles,
El zorzal de mis endechas.
Me hallo bien entre las cuatro
Paredes de mi vivienda,
Y me alumbra bien la lámpara
Que brilla sobre mi mesa.
Soy el churrinche nativo,
La calandria cancionera
Que rima de los crepúsculos
Orientales las tristezas.

Soy el chingolo del monte,
Que entre dos ramos de ceiba,
Cuando la luna se acaba,
Su puente de arpegios cuelga.
Ya sé que llega la muerte,
Ya sé que la sombra llega,
Y que son pocos los ecos
Que mi pobre musa deja;
Pero me bastan sus timbres,
Si en el sepulcro me acuestan
Con los ojos hácia arriba
Para besar á la tierra,
A la tierruca adorada
Que ha derramado en mis venas
La sangre con que elaboro
De mis canciones la esencia.
¡Yo nunca quise más gloria
Que sentir, sobre las cuencas
De mis ojos apagados,
Filtrarse la luz bermeja
Del sol de las listas blancas
Y azules de mi bandera!

XX

¡Madrecita mía,
Mi madre adorada,
Con un nimbo de oro
El sol del ocaso circunda tus canas!

¡Tu historia es lo mismo
Que una historia santa,
Madrecita mía,
Amor abnegado que nunca te sacias!

¡Con cuánta tristeza
Tus ojos azules, de fuente diáfana,
Su adios á la vida
Suavísimo cantan!

¡Deja que mis manos
Jueguen en tu falda!
¡Deja que te miren
Mucho, pero mucho, mis filiales ánsias!

¡Deja que en mis ojos
Grabe los menores rasgos de tu cara,
Nodriza que nunca me negó su seno
De un blanco eucarístico, con curvas de ánfora!

¡Cuéntame los mismos
Cuentos que en la infancia,
Para adormecerme,
Madre, me contabas!

¡Resurjan los príncipes
De cota de malla,
Que al jardín llegaron
De los tres hechizos y las tres naranjas,

Apesar de aquella
Culebra embrujada,
Que tenía en la frente quince ojos
Con quince carbunclos y quince esmeraldas!

¡Madrecita mía,
Mi madre adorada,
Al cruzar tu rostro, clemente y dulcísimo,
Surcos en tu rostro dejaron las lágrimas;

Pero cada surco
Es, madre, una página
Que algun sacrificio
Generoso narra!

¡Nodriza sublime
Y esposa sin mancha,
Bien hace la lumbre de oro del ocaso
Cuando con un nimbo circunda tus canas!

¡Si ha habido en mi vida
Más de una hora hidalga,
Lo debo al ejemplo, largo y doloroso,
De tu vida honrada;

Y si las pobrezas, madrecita mía,
Nunca consiguieron enfangarme el alma,
Es que con las mieles que libé en tu seno
Me nutriste en odios á lo que se arrastra!

¡Mis sueños de artista son los sueños tuyos,
Son los de los cuentos que escuché en la infancia,
Son los de las coplas con que me adormiste
Dulce visionaria!

¡Bendecida seas, bendecida seas
Por las probidades que les enseñabas,
Cuando á tus pequeños con amor mecías
Sobre el abrigado nido de tu falda!

Pro aris et focis

I

Estrella de los ríos, cuyo relumbre suave
Endulza los ensueños melódicos del ave
Dormida en el sauzal;
Estrella de las aguas, que en las achiras de oro
Columpias el tejido, luciente é incoloro,
De tu flotante chal;

Estrella de los ríos, cuyo buril severo
Cincela las escamas de policromo acero
Del patrio pejerrey;
Estrella de las ondas, que en la extensión te meces
Con todas las divinas y amantes languideces
Del wals de Loreley;

Estrella de las fuentes, que del clavel serrano
El aromoso aliento derramas sobre el llano
De trebolar tapíz;
Estrella de los ríos, que de la flor isleña
Perfumas con las mirras fragantes á la enseña
Dorada del maíz;

Estrella de las ondas, cuyo fulgor se pierde
En las penumbras tristes de la enramada verde
Del rancho de terrón:
Estrella de los ríos, que del cantar distante
Que entonan las guitarras, paras el vuelo errante
Sobre mi corazón;

¡Cuando escucho sus rítmicos dulzores,
Me figuro que un astro descendiendo,
Con la pluma de luz de sus colores,
En el fondo de mi alma está escribiendo!

¡Yo que con todos los tiranos lucho
Y que con todos los cautivos lloro,
Cuando el ensueño de tu voz escucho,
Las ligaduras de tu voz adoro!

¡Voz que en el viento de la tarde flotas,
Remacha bien tu amante tiranía,
Doblando los rondines de tus notas
Sobre el ave caudal del alma mía!

¡Oh mi visión, la de los pardos ojos,
La que llevas la noche en el cabello,
La que tejiste de tus labios rojos
La flor de raso en el ceibal más bello!

¡Oh mi visión amante y adorada,
Luz de mi sér y aliento de mi vida,
Haz que en todos los sueños de mi almohada
Vibre el arrullo de tu voz querida!

¡Deja que de rodillas y confuso
Las joyas de tu voz junte en collares,
Reina de Saba en cuyos labios puso
Salomón el cantar de los cantares!

III

A CÁRLOS M. RAMIREZ

¡Tocaste, al cabo, la suprema orilla!
¡Yá, en el cenit, jigante te levantas!
¡Yá sobre el cielo del terruño brilla
La irradiación de tus ideas santas!

¡De tu oratoria los ardientes haces,
Los salmos que tejiste en la tribuna,
No han sido, no, relámpagos fugaces
De unas nubes barridas por la luna!

¡De todas las clemencias sacerdote,
De todas las virtudes pregonero,
Fuiste de los tiranos el azote
Y de la edad futura el caballero!

¡Si todos los estilos se coloran
En los matices de tu frase alada,
Es que en el fondo de tu verba enfloran
La paz segura y la labor honrada!

¡El porvenir recogerá tranquilo
Lo que sembró tu infatigable vela,
Porque más alto que tu hermoso estilo,
Tu siempre augusto pensamiento vuela!

¡Para que el duro acero de la lanza
Se transforme en arado reluciente,
Y se vista de carne la esperanza
Que iluminó tus ojos de vidente.

Pidamos á las justas igualdades
Que olviden el color de las enseñas,
Y conviertan en ley á las verdades
Con que en la noche del sepulcro sueñas!

¡Llévanos juntos á pisar la playa,
Y ánclanos juntos en la verde orilla
Donde el laurel batallador desmaya,
Donde el ramaje del olivo brilla!

¡A tu mandato, en el hogar deshecho
Cese yá el himno del clarín sonoro,
Y ábrenos yá las arcas del derecho
De la justicia con las llaves de oro!

¡Apostol de la paz, si tu oratoria
Vibró inspirada, varonil y austera,
Tambien supiste defender la gloria
De las luces del sol de mi bandera!

¡Cautiva en el arnés de tu lenguaje,
La musa del terruño se levanta,
Y con los férreos roces de su traje,
Los estoicismos del blandengue canta!

¡Nos legaste sus ánsias, las mejores,
Y aun en lo eterno de tu paz serena,
Con crujidos de insignias tricolores
Te mece el rayo de la luna llena!

IV

EL CEIBO

En tus ramos entona gallardamente
La canción de sus zumbos la lechiguana,
Y les presta á las luces del sol poniente
Sus reflejos de lacre, tu flor boscana.

Tus capullos relumbran, como rubíes,
Cuando el sol de las doce los campos tuesta,
Y en tus frescos capullos los mainumbíes,
Como en rojos divanes, duermen la siesta.

¡Con tus cálices siempre de azúcar llenos,
Con tus verdes y lindas hojas aovadas,
Eres el estandarte de los serenos
Estíos de mis frondas embalsamadas!

¡Cuando un cintón florido de tu ramaje
Forma cerco á una vírgen cara trigueña,
De mi ronca guitarra todo el cordaje
Con ardientes coloquios de amores sueña!

¡Testigo palpitante de las hazañas
Y los rudos blasones de nuestra historia,
Tu púrpura encendida tiñes y bañas
En los flecos del astro de nuestra gloria!

¡Del fogón de tus ramas junto al rescoldo,
Cuando el postrer reflejo triste fluctúa,
Llora sobre las muertas dichas del toldo
El espíritu errante de algún charrúa!

¡Te nombran con cariño los payadores,
Cuando con verso tosco y asonantado,
Relatan la leyenda de los dolores
Y de las gallardías de lo pasado!

¡Dicen que con lo rojo de tus capullos,
En nuestros esquilianos choques primeros,
Tejían la corona de sus orgullos
Y de sus heroismos nuestros lanceros!

¡Y dicen que en tus flores halló la tinta,
Con que en los rudos lances de aquellas horas
Trazó nuestro blandengue la roja cinta
Que cruza sus banderas libertadoras!

¡Por eso con tus broches de azúcar llenos,
Con tus verdes y lindas hojas aovadas,
Eres el estandarte de los serenos
Estíos de mis frondas embalsamadas!

V

A UNOS OJOS PARDOS

Os amo y he conocido
Que nací para adoraros:
¡Hubiera, de no encontraros,
Muerto sin haber vivido!
¡Os amo, con la pasión
Que crece y no se consume,
Por que sois luz y perfume,
Promesa y recordación!
¡Por mucho que me digais
Nunca me satisfareis,

Aun que ciegos os quedeis
De decirme que me amais!
¡Junto á vosotros, mi vida
Tiene el calor del estío,
Y cuando os dejo, de frío
Se muere el alma aterida!
¡Pupilas que, como el velo
De un horizonte andaluz,
Sois escaleras de luz
Por donde se sube al cielo!
¡Decidle al sol, que se vá
Escondiendo entre las olas,
Que teneis vosotras solas
Más luz de la que él nos dá!
¡Decidle al sol, que desmaya
En los marinos espejos,
Que bastan vuestros reflejos
Para iluminar la playa!
¡Aun que el astro de rubí
No fulgure donde estais,
Si vosotras me mirais
El sol brilla para mí!

¡Ojos, cuya irradiación
Llenará mi sepultura,
Os amo por la dulzura
De vuestra amante expresión!
¡Ojos, con los que soñé
Desde que supe soñar,
Sois profundos como el mar
En cuyo borde os hallé!
¡Ojos que sois el topacio
Del anillo del recuerdo,
Y con cuya luz me pierdo
En el fondo del espacio!
¡Ojos, en cuyas honduras
Mis penas se desvanecen,
Y ojos en que se guarecen,
Para echar flor, mis ternuras!
¡No cambieis vuestra expresión
De muy sentida pasión,
Ojos radiantes y claros,
Que se llena, al contemplaros,
De cielo mi corazón!

VI

25 DE AGOSTO

De Agosto la purpúrea llamarada
Dijo con ira y con dolor, al verte,
Por un decreto injusto de la suerte,
Al lábaro imperial encadenada:

—¡Segura de reinar, en la alborada
De mi día mejor, álzate fuerte
Y pule en las tijeras de la muerte
Los filos del acero de tu espada!

¡Estos ceibos, que esmaltan tus riberas,
Sangre simulan con sus rojas flores,
Y del clarín bajo las notas fieras
Quiero que rujas, pero no que llores,
Para hacerle á mi sol, con tus banderas,
Cielos en que verter sus resplandores!—

VII

EN LA AGRACIADA

(A la juventud universitaria)

I

¡Aquí fué!... Yo las siento
Aún á las franjas de la insignia fiera,
Sus tres colores desplegando al viento,
Crujir con acre majestad guerrera!

La tricolor bandera
Con revuelos de condor se mecía,
Y el roce de sus ondas escribía,
En la página azul de lo infinito

Y sobre el ceño adusto de la suerte,
Nuestro vibrante y lejendario grito
De «¡Libertad ó muerte!»

La patria estaba aquí con sus maizales,
Con sus ceibos en flor, con la tristeza
Que canta nuestro tordo en los juncales,
Cuando la sombra de la noche empieza!
¡Los Treinta y Tres la vieron, sacudida
Por un sollozo ardiente y convulsivo,
Cuando clavaron la bandera erguida
Sobre la arena del confin nativo!
¡Los Treinta y Tres la vieron! ¡Dulcemente
Iba su cuerpo virgen arropando
En las tres listas del pendón crujiente,
Para morir con el heróico bando
O levantar la soberana frente!

¡La amante acariciada
Por el caudillo de azulados ojos,

Oyó aquí su segunda clarinada!
¡Parten de aquí los fogonazos rojos
Y el choque de los sables de la vieja
Y nativa canción, canción sonora
Que deja en cada planta trepadora
Y en cada cumbre del terruño deja,
Cuando hablan los luceros con la aurora,
El nombre varonil de Lavalleja!

¡Este sitio es el trono inmaculado
De nuestra independencia, compañeros,
Por que aquí nuestros padres han templado
En el río charrúa sus aceros!
¡Este sitio es el pago, la alborada
De los grandes amores revividos,
Toda la historia de la edad pasada,
La santificación de los vencidos!
¡Sobre la costa que la espuma oprime,
Sobre la arena que hacia el río avanza,
La bandera artiguista, la sublime,
Se estremeció de afán y de esperanza!

¡La tinta en sangre desde lo alto al cuño,
La enrojecida en la extensión desierta
De la patria heredad, vuelve al terruño
Soñando en las revanchas de India Muerta!
¡Doblemos reverentes la rodilla
Ante el pendón marcial, cuyos afanes
Viven en las estrofas de Zorrilla
Y en los colores del pincel de Blanes!
¡Tus patricias virtudes acrisola,
Oh juventud, honrando á la cruzada
En cuyas filas épicas tremola
El pabellón unjido en la Agraciada!

II

¡Yá de limpios reflejos
El horizonte matinal se llena!...
¡Callaos y escuchad!... ¡Lejos, muy lejos,
El ronco acorde del clarín resuena!

¡Hablan sus rudas notas
De unas banderas que quedaron rotas
Junto al Tacuarembó! — ¡Venga una lanza
Para coser con ella los jirones
Sacudidos por fiebres de venganza!

¡Oh la inmortal, la de los tres listones,
La hecha con sangre y con fulgor de cielo,
La que en los correntinos malezones
Dejó clavada el brazo de Sotelo!
¡Oh la inmortal, cuyo gentil ropaje
Se aroma con perfumes de espinillo,
Cuando se cimbra con furor salvaje
Entre las rudas manos de Andresillo!
¡Oh la inmortal, que escucha en sus mañanas
De Las Piedras la ardiente melodía,
Y creciendo en vigor, himnos de dianas
Oye en Santa María!
¡Oh mi sublime tricolor bizarra,
Que, cuando crujes, el espacio llenas
De armoniosos rasgueos de guitarra

Y sones de chillantes nazarenas!
¡La del ombú rugoso en que se mecen
De las calandrias los cantores nidos,
Y la de las barrancas en que crecen
La cicuta y el sáuco confundidos!
¡La del pago, la nuestra, la bendita,
La que amó del blandengue las miradas,
Y la que el soplo de la tarde agita
Sobre el trébol en flor de las lomadas!
¡La enrojecida desde lo alto al cuño,
Vé á buscar á las huestes imperiales,
Y vengando á los muertos del terruño,
Circúndalos de dianas inmortales!

¡Sarandí es el poema
Del lazo en la garganta
Y el sable en el riñón!... ¡Con la diadema
De su soberanía se levanta
La patria en Sarandí!... ¡Cuando cargamos
Enrojeciendo el filo y la llorona,
En el parque imperial nos encontramos,

Oculta en un armón, una corona!
¡Después del galopeo febriciente,
Madre y señora, tu legión triunfante,
Sobre el moreno cutis de tu frente
Puso aquella corona centelleante!
¡Guárdala bien y al fin de la jornada,
Cuando detengan sus enormes giros
Los mundos de la atmósfera incendiada,
Haz que de Dios la encuentre la mirada
Con tesoros de luz en sus zafiros!

¡De Ituzaingó los roncos atambores
Marcan el fin de la ascensión! Subieron
Crujientes las banderas tricolores
Y el rojo cuño en la montaña hundieron!
¡Aun que con furia el viento las golpea
No habrá quién de la cumbre las derribe,
Mientras la gloria entre sus pliegues lea
Los nombres de textura ciclopea
De Trápani y Colmán, Rojas y Oribe!
¡Entre aquella mortal fusilería

Y entre aquella fragosa clarinada,
Los Treinta y Tres vocearon todavía
El lema del pendón de la Agraciada!
¡Por ese augusto lema defendidos,
Madre y señora, están tus gramillares,
Tus aromos con música de nidos
Y tus corrientes con hervor de mares!
¡Por las virilidades de ese lema
Defendidos están los montes tuyos,
Y el jazmín de tus huertos que se quema
Cuando sobre él se acoplan los cocuyos!
¡Ese lema defiende las quebradas
Lomas que ondulan en los versos míos,
Y defiende también las enramadas
Que sombrean los patrios rancheríos!
¡Ese lema, cruzando las edades,
Con hechizos de magia y de conjuro,
Defiende la labor de tus ciudades,
Que son las prometidas del futuro!

¡En el nombre de Dios, madre y señora,

Para labrar la urdimbre de tu vida
Yo te abro los telares de la aurora;
Haz con la luz en ellos esparcida
Alas para subir, mi tejedora!

¡Trenzando de la luz las gentilezas
Y sobre el huso doblegado el pecho,
Forja, madre, con íntimas ternezas
Los oros del trigal y del derecho!

¡Pón el rubí de todas las verdades
En el bruñido puño de tu espada,
A fin de que mantengan las edades
Lo que hizo la legión de la Agraciada!

VIII

A DON QUIJOTE

Creyendo en magos, sílfides y ondinas,
Yo también, como tú, valientemente,
Crucé planicies y crucé colinas
Con un mundo de sueños en la frente.

Yo también, como tú, con mi armadura
Ferruginosa entrando en la pelea,
He proclamado á gritos la hermosura
Magnífica y sin par de Dulcinea.

Por cumbres, por pendientes y por llanos,
Yo también, mi errabundo caballero,
He combatido á monstruos y á villanos
Hasta gastar la punta del acero.

Juguete fuí de la vulgar malicia,
Y como tú, tundido y quejumbrante,
Mis fogosos amores de justicia
Galopé en Clavileño y Rocinante.

Y escucha bien, hidalgo sin segundo,
Aun que no siento afanes de revancha
Y aún que es indigno nuestro pobre mundo
De que volvamos á cruzar la Mancha,

Si mi ardorosa juventud tornase,
Como es tan dulce perseguir un sueño,
¡No es difícil, por Dios, que aun cabalgase,
Llamando á Dulcinea, en Clavileño!

IX

¡Yo soy, dulce bien mío,
El caballero del amor! ¡La vida,
Sin una sombra de mujer, dá frío!
¡En los mundos radiosos de la idea,
Don Quijote es muy grande por que anida,
Dentro de Don Quijote, Dulcinea!

Si aún tiene el númen esplendor y galas,
Si hallo rosas aún que le perfumen,
¡Es por que siento el ruido de tus alas
Cruzar por el ocaso de mi númen!

Si aún mi acento resuena en la tribuna
De las austeridades redentoras,
No es por ansia de nombre y de fortuna,
Que llenen el vacío de mis horas.
¡Es por que esclavo de tu luz y siervo
De esta sed de adorar, que es mi coraje,

Pongo á tus plantas el buril del verbo
Y el tesoro de ritmos del lenguaje!
Y oye bien, dulce amor: cuando concluya,
Cima ó derrumbe,—mi vital jornada,
¡Aún un reflejo de la imágen tuya
Pondrá algo de valiente en mi mirada!

Cuando entre el blando ruido de las olas,
El sol se abisma en el espejo verde,
Y el alma mía, con tu hechizo á solas,
En el país de la ilusión se pierde;
Cuando pardean tus rasgados ojos
A los vislumbres últimos del día,
Y cuando calla de tus labios rojos,
En estático ensueño, la armonía;
Cuando de nuestras almas los latidos,
Sobre la estulta multitud, mezclamos,
Y cuando, de la tierra desprendidos,
Mudos los dos, los dos nos contemplamos,
¡Recojo en mis pupilas con empeño
Todos los rasgos de tu imágen bella,

Para llenar las horas de mi sueño
Mirándote otra vez, — mi Dios, mi dueño,
Mi zorzal, mi jazmín, mi blanca estrella!

¡Quiero sentir el ruido de tu paso
Vagar eternamente en torno mío,
Uniendo los fulgores de tu estío
A las pálidas tintas de mi ocaso!
¡Te envolveré tan suave en mi ternura,
Que reclinando en mi hombro la cabeza,
Se fundirá dichosa tu hermosura
En la llama viril de mi terneza!
Tengo mundos de fé para pagarte
El gozo de mirarte
Y la gloria de verte enternecida,
¡Por que puedo jurar arrodillado
Que tú has sido, mi bien, el más amado
De todos los ensueños de mi vida!

X

UNA HISTORIA VULGAR

Escenario, un asilo. — La tarde avanza.
Hay un lecho en el fondo del escenario,
Un lecho desde donde siempre se alcanza
A divisar las torres de un campanario.

Enfrente de la cama, dos ventanones
Muy altos y muy juntos, — como pupilas
Que reflejan del cielo las impresiones,
Unas veces hurañas y otras tranquilas.

La luz, aquella tarde, parece poca;
El carmín del poniente casi no brilla,
Y la luz, á los pobres lechos que toca,
Les da violados tonos de campanilla.

En la cama, una joven; – cerca del lecho,
Cuyos lienzos parecen una mortaja,
Una monja rezando, puesta en el pecho
La cruz de sus dos brazos y en voz muy baja.

La joven, amarilla como la cera,
Cada vez que respira, lanza un ronquido,
¡Como si con su aliento lanzara fuera
Uno de los dolores que la han vencido!

Tiene mucha dulzura lo amorenado
De los óseos perfiles, que fueron bellos,
Y el semblante parece más demacrado
Entre el negro desorden de los cabellos.

Y la enferma murmura: — ¡Yo, como todas,
Me embriagué de suspiros, perdí el aplomo,
Y en la víspera casi de nuestras bodas,
Me encontré entre sus brazos sin saber como!

Duró más de seis meses nuestra ventura,
De amores y de celos dulce cadena:
¡Apesar de mi crimen, yo aún era pura
Y hubiera sido honrada, sor Filomena!

Al nacer del invierno me encontré sola,
Una carta me dijo que él no volvía,
Y perdí aquellos tintes que la amapola
Del amor en mi antiguo rostro ponía.

Fué una tarde tan triste como esta tarde
En que con mi vergüenza, por fin, concluyo:
¡Cobarde, si, cobarde, más que cobarde
El que abandona á un hijo que sabe suyo! —

Se oyó un largo sollozo, luego un ronquido,
Luego como una risa de alucinada,
Y prosiguió la enferma, tejiendo un nido
De infinitas saudades en la mirada:

— Dejé al niño en el torno; por el despeño
Me eché á rodar creyendo que olvidaría,
¡ Y escuchaba los lloros de mi pequeño
En el aire de fiesta que me envolvía!

¡ Un hijo es un tesoro! ¡ Cuando se pierde,
Se llora mucho, mucho, sor Filomena!
¡ El dolor de dejarle tan hondo muerde,
Que yo me estoy muriendo de aquella pena!

A veces á mis labios suben canciones
Inconclusas y tristes, ¡ coplas extrañas
Con que mezco, en el mundo de las ficciones,
La cunita del hijo de mis entrañas!

¡Esa pena me mata, porque confieso
Haber visto en sus grandes y negros ojos,
Que para mí tenían guardado un beso
De apiadada ternura sus labios rojos!

Por eso me voy triste, como esta tarde
En que con mi verguenza, por fin, concluyo:
¡Cobarde, sí, cobarde, más que cobarde
El que abandona á un hijo que sabe suyo!—

Hubo un silencio de esos por los que pasan
Con un mundo de penas, dos de cariño,
Y dijeron aquellos lábios que abrasan:
—¡Duerme, sol de mis ojos! ¡duerme, mi niño!—

Volvieron del sollozo las convulsiones,
Se oyó en el campanario como un alerta,
Y al cubrirse de negro los ventanones,
¡Ya la monja rezaba junto á una muerta!

XI

SERENATA CRIOLLA

¡Me parece que escucho
Cuando te ríes,
Como un himno de alitas
De colibríes!
¡Tus ojos pardos,
En lugar de fulgores,
Centellan dardos!

¡De tu cabello con el sedaje,

Largo y oscuro, fabricaría
Trenzas de hilos para el cordaje
De su guitarra la musa mía!
¡Cuando me miras, cuando te veo,
Todo el cordaje suelta un rasgueo
De rimas dulces y tan extrañas,
Como el ardiente relampagueo
Que azula el arco de tus pestañas!

¡Cuando mueves airosa
Tu pié hechicero,
Sueña mi pobre musa
Con un jilguero,
Que habla conmigo
Cimbrándose en un tallo
De rojo trigo!
¡Dios tiene presos
A dos querubes,
Que, para verte,
Rasgaban nubes!
¡Tus ojos pardos,

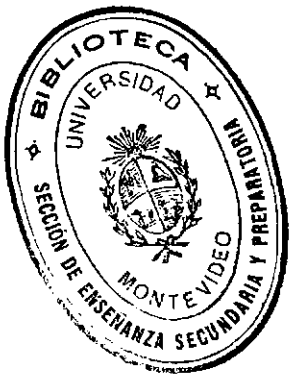
En lugar de fulgores,
Despiden dardos!

¡Con la seda brillante del labio tuyo,
Con esa seda fina, ténue y rosada,
Déjame hacer un nido para el cocuyo
Del beso que te ronda con su tonada!
¡En lugar de fulgores,
Despiden dardos,
Cielo de mis amores,
Tus ojos pardos!

¡Tu esclavo soy y solo para adorarte vivo!
¡Si quieres de una estrella la cegadora malla,
Mi amor inagotable, fecundo y exclusivo
Te forjará cien soles en su purpúrea hornalla!
¡Son tuyos, solo tuyos los cantos de mi lira!
¡Si buscas una joya para adornar tu frente,
Los lloros musicales, que tu pasión me inspira,
Se trocarán en perlas de luminoso oriente!

¡De todos mis ensueños
Dulce señora,
Pomo de esencia fina
Y embriagadora,
Tus ojos pardos,
En lugar de fulgores,
Despiden dardos!

¡Dáme en tu pecho, señora mía,
Refugio noble y asilo blando;
Siento las ánsias de la agonía
Y hace yá mucho que estoy sangrando!
¡De todos mis ensueños
Dulce señora,
Fuente rica en esencia
Perturbadora,
Dueño querido,
Me miraron tus ojos
Y estoy herido!



XII

A MI DIVISA

Para el general Juan José Muñoz.

Te quiero mucho, divisa blanca,
Por que eres buena, por que eres franca
Y vigilante como el chajá;
Por que en el monte de las ideas,
Alta y airosa te balanceas
Como el penacho del giribá.

Evocadora de tradiciones,
Hácia tí giran los corazones,
Sueñan los ojos con tu color,
¡Que eres, divisa resplandeciente,
Yelmo con plumas sobre la frente;
Sobre los labios, beso de amor!

Entre los vivas de tus lanceros,
Eres charrúa como los teros
Y eres del pago como el ombú;
¡Tú simbolizas la patria vieja,
Las de las glorias de Lavalleja,
La del martirio de Paysandú!

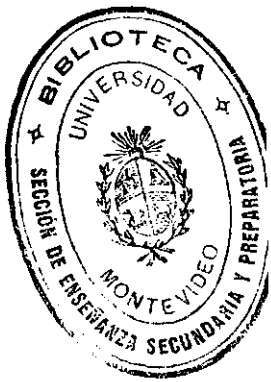
¡Formo en las filas de tus soldados,
Rimo tus sueños inmaculados,
Mi vida entera te consagré,
Mi banda lisa tus dianas toca,
Y mientras haya lengua en mi boca
Con entusiasmo te vivaré!

¡Hostia del ara del patriotismo,
Te quiero mucho por tu civismo,
Por tu bravura y abnegación;
Por tus colores de limpia plata,
Que son los tintes de la corbata
Con que se adorna mi pabellón!

¡Por que se apoyan tus altiveces
En el trabajo, las honradeces
Y el sentimiento de la equidad;
Porque en el fondo de tus tristezas,
Hay mucha gloria, muchas noblezas
Y muchas ansias de libertad!

¡Por que te buscan los oprimidos
Para que formes con sus quejidos
Las clarinadas de lo viril,
Y los preceptos republicanos
Sobre la frente de los tiranos
Imprima el plomo de tu fusil!

¡Por que en los días electorales
Vistes tus galas dominicales,
El limpio traje del pueblo-rey,
Para rendirle, divisa amada,
La generosa, la denodada,
Hondo y ferviente culto á la ley!



¡Te quiero mucho, divisa blanca,
Porque eres proba, por que eres franca
En las acciones y en el decir,
Y con la sangre, que hay en tu pecho,
Nutres y educas, para el derecho,
A los soldados del porvenir!

¡Santa divisa resplandeciente,
La que mi madre besó doliente
Y á mi sombrero blanco anudó,
Cuando Saravia, por vez primera,
Con un retazo de mi bandera
También su blanco sombrero ornó!

¡Bendita seas, enseña mía,
Por tu coraje, por tu hidalguía,
Por tus virtudes, por tu penar,
Y brilla siempre sobre las almas
Como los astros sobre las palmas
Y como el cáliz sobre el altar!

XIII

PASIÓN AGONIZANTE

Puedes decir mañana que yá estoy olvidado;
Yo te diré mañana que no te quiero yá:
Cuando el oriente irradie su resplandor sagrado,
Cada uno de nosotros por su camino irá.

Pero esta noche díme que tu ternura es mía,
Tolera que esta noche te bese con pasión,
Y déjame esta noche, mendigo de alegría,
Dormir algunas horas sobre tu corazón.

Yá sé que tus promesas parecen un perfume,
La claridad de un cirio y el agua de un raudal;
Pero esta noche el ánsia de amor que me consume
Le dá á lo pasajero, carácter de inmortal.

Apóyate en mi pecho y jura que me quieres,
Bésándome agoniza y déjate querer:
Hoy hay en torno mío suspiros de mujeres,
Y dentro de mis ojos perfiles de mujer.

Hasta que el espinillo, con ráfagas de aroma,
Salude al renaciente fulgor matutinal,
¡Tén para mí lascivos arrullos de paloma,
Y haz de los brazos tuyos mi cámara nupcial!

Hoy siento una profunda sed de melancolía,
Hoy siento la nostalgia de que te ríes tú,
Cuando miramos juntos como se acuesta el día
Entre las verdes ramas de nuestro viejo ombú.

¡Hoy tengo sed de arrimos y sed de languideces,
Mi corazón de amores agonizando está,
Y quiero que me veas más jóven que otras veces,
Talvez por que mañana no nos querremos yá!

XIV

EL ALMA CHARRÚA

¡No dejes el aromo en que has tejido
La urdimbre de tu nido,
Zorzal de mis patrióticas canciones,
Que no hay sol como el sol de la bandera
En cuyo lienzo duermen las visiones
Rimadas por mi musa cancionera!

¡Ganemos corazones
Para la madre santa,

Para el númen que puso en mi garganta
Los melódicos himnos que el jilguero,
Desde el ramaje en flor del limonero,
A la naciente primavera canta!

¡Me inspira el genio del aduar salvaje,
El genio de los toldos errabundos,
Que para hacerse un nido en mi lenguaje,
Robó un haz de sus chispas á los mundos
Que esmaltan de la noche el cortinaje!
¡Su voz ardiente, vigorosa y dura
Como un marcial acorde de epopeya,
De Terú me describe la bravura
Y me pinta, temblando, la hermosura
De los ojos de sol de Liropeya!

¡Así, día por día,
El genio del aduar vá ajigantando
Mi sed, mi ardiente sed de autonomía!
¡Él es, oh madre, el viento que resbala

Como un suspiro blando,
En el sauce llorón, donde su escala
De silbidos un tordo está trenzando!
¡Él rige, oh madre, el cavernoso duo,
La nota lastimera,
Que lanzan, por la noche, en la tapera,
La lechuza y el buho!
¡Él es, oh madre, el que de nieve pinta
La flor del guayacán, y es el doliente
Llanto de su recuerdo, el que la cinta
Labra de las espumas del torrente!
¡Él enseñó su grito al terutero,
Sus artísticas ánsias al hornero
Y él azula las blondas de la nube,
Por cuyos bordes, cada tarde, sube
A encender las estrellas del Crucero!

¡Así, día por día,
El númen de los toldos ha sembrado
En mi pecho su sed de autonomía!
¡He dormido los sueños del pasado

En su carpa cubierta
Por un toldo de pieles de venado,
Mientras se oía del chajá el alerta
En la insaluble costa del bañado!
¡Su flecha cimbradora
Me enseñó á dirijir, y en la campestre
Planicie que perfuma el amarillo
Capullo virginal del espinillo,
Me embriagué con la mezcla aturdidora
Del agua azul y de la miel silvestre!

Cuando la estrella solitaria llora
Los lloros del crepúsculo, y se esfuma
La fuljidez del sol, cuando el torrente
Fabrica los encajes de la bruma,
Y cuando enervan su olorosa frente
Los ramos del cerezo,
¡Ante su dios Tupá, me uní al doliente
Y amoroso murmullo de su rezo!

¡Te quiere tanto la visión cobriza,
El númen triste de los sueños míos!
¡Su canoa, que rauda se desliza
Sobre el dorso ondulante de tus ríos,
Siempre cargada con achiras vuelve,
Con achiras que junta en tus riberas,
Y cuyos oros mi visión disuelve
Sobre el astro estival de tus banderas!

¡Ella me ha dicho que por tí lidiaron,
Que por tu santa libertad murieron,
Los que en San Salvador te ajigantaron
Con la heróica sangre que vertieron!
¡Ella me canta el ardoroso salvo
De la contienda, que tu empuje abona,
En que el puñal de Osuna y de Menialvo
Mutiló á Tabobá y á Magalona!
¡Por ella de Anagualpo el valor rudo
Sé que al morir, glorificó á su raza,
Y sé que Zapicán te hizo un escudo

Con la piel de jaguar de su coraza!

¡Un inmenso sollozo en el lenguaje
Vibra de mi visión, cuando me traza
La trajedia rujiente,
Los últimos revuelos del coraje
De aquella estirpe que llevó en su frente
Aros con plumas de ñandú salvaje!
¡Fueron la escolta del blandengue fiero!
¡El filo más purpúreo de su lanza!
¡La salve que en mitad del entrevero,
Le cantó al porvenir nuestra esperanza!
¡Libre, pero muy libre, te querían,
Patria del corazón, los que errabundos
Tus selváticos montes recorrían
Y cruzaban tus cármenes fecundos!
¡Por eso sus amores,
Rojos como la flor de los ceibales,
Se tejieron un nido en los cendales
Crujientes de tus viejas tricolores!
¡Exterminados á traición, su historia

Es como un himno de bravura y gloria
Que en los dinteles de la patria suena,
Y que convierte en suspirante quena
La musa del aduar vindicatoria!

Espíritu, que triste y solitario
Me circundas de trájicas visiones,
¡Vuelve á dormir los sueños del osario,
Envuelto en el sudario
Musical de mis últimas canciones!

XV

LOS HUMILDES

La ancianita dice que dos duendes rojos
Queman su mirada vagorosa y mustia,
Por que llora mucho con sus viejos ojos
Y por que es enorme su incurable angustia.

Su espalda se dobla bajo el grave peso
Del febríl insomnio de las noches malas,
Y sus labios riman la canción de un beso
Que no tiene donde recojer las alas.

Desde que enterraron á su pobre niño,
La anciana es la sombra de lo que ántes era:

¡No sabe que hacerse sin aquel cariño!
¡Sin aquella grácil flor de primavera!
El padre del niño, vagabundo odioso,
Se ausentó una tarde del hogar maldito,
Y su digna esposa se buscó otro esposo,
Ocultando lejos su carnal delito.
Junto aquella cuna se quedó la abuela,
Que del pequeñuelo recojió el legado,
Que sus noches mece, que sus juegos vela
Y que se apasiona del abandonado.
Trabajando mucho, su pobreza santa
Tiene la aureola de las magestades,
Y al compás del himno que la aguja canta,
Ríen del pequeño las diafanidades.
Una noche el niño, como flor sin riego,
De la pobre anciana se murió en los brazos,
Y sintió la anciana que un punzón de fuego
Rompía sus sienes en cien mil pedazos.
Y como enterraron á su pobre niño,
La anciana es la sombra de lo que ántes era:
¡No sabe que hacerse sin aquel cariño!
¡Sin aquella dulce flor de primavera!

XVI

LA ORQUESTA DE LAS PALMAS

(Al Dr. Dn. Francisco H. Lopez)

En las tranquilas horas de la abrasada siesta,
Bajo el velario de oro que la planicie tuesta,
Cuando lo azul esplende con cegadores brillos,
A modo de atalayas y á modo de vijías,
Levantan sus panachos, con nobles gallardías,
Las palmas de tu Rocha, mis palmas de Castillos.

Es Rocha un canastillo espléndido de palmas,
Deleite de los ojos y encanto de las almas;
Es Rocha un canastillo espléndido que encierra
En su gentil trenzado de flecos cantadores,
Con todos nuestros grandes y cívicos amores,
Todas las hermosuras de nuestra hidalga tierra.

Las hambres de trabajo, las viejas honradeces,
Los probos estoicismos cantados tantas veces
Por los bordones rudos de la guitarra mía,
Encierra el canastillo de palmas triunfadoras,
En cuyos flecos pone la luz de las auroras,
De sus violines de oro, la dulce sinfonía.

En el cestillo, májico por su abundoso riego,
Enlaza sus colores nuestro clavel de fuego,
Que ríe como boca purpúrea de trigueña,
Con el capullo ardiente por el rosal lanzado,
Que brilla como cota de pecho-colorado
Junto al jazmín nativo, que con blancuras sueña.

Encierra el canastillo de palmas ondulantes,
Lo azul de nuestros lagos, cuajada de brillantes,
Turquesas que se cambian en nubes voladoras;
Y todos los rumores de la zampoña agreste,
Hecha con tubos de oro, del maizal silvestre,
Salen del canastillo de palmas cimbradoras.

Encierra el canastillo de urdimbre delicada
Al tero vigilante y á la perdiz pintada,
Al mirlo cancionero y al cardenal sonoro,
Pues cuando el día azula las cumbres de mi tierra,
El canastillo es jaula palmar en que se encierra
El reino de mis aves para tejer su coro.

Del canastillo mágico de palmas seculares,
Surgen las notas férvidas del ritmo de los mares,
Con su salobre aliento nuestro pulmón respira,
Por que del canastillo ha puesto en el trenzado
La atlántica sirena, el nácar irisado
Con que hacen los tritones la curva de su lira.

Las palmas del bordado se tienden alineadas
A modo de guerrillas, á modo de avanzadas,
Airosas y cimbrantes, flexibles y ligeras;
O bien, como columnas de olímpico anfiteatro,
De dos en dos se acoplan, se unen de cuatro en cuatro,
Meciendo sus copetes á modo de banderas.

A veces del dibujo la trama caprichosa
Agrupa los penachos de la arboleda airosa,
Y en ciertas extensiones del arabesco rico,
Dos palmas que se quieren, dos palmas centenarias,
Juntando sus tediosas vidas de solitarias,
Forman un solo tronco con un doble abanico.

Oigo aún del canastillo, cuyo bordado encierra
Lo verde de los valles, lo abrupto de la sierra,
Lo róqueo de la costa, lo errante de la duna;
Oigo aún del canastillo la sinfonía santa,
El himno que el salterio de los palmares canta
Cuando en lo azul se mecen los cisnes de la luna.

Oigo aún del canastillo, que junta en su bordado
Los cálices purpúreos del bosque inexplorado
A los azules cálices de la zarzada isleña;
Oigo aun del canastillo de urdimbre primorosa,
La sinfonía magna, la siempre majestuosa
Canción de los palmares, donde la luna sueña.

Vibran en los murmullos de la viril tonada,
Las olas que platean y azulan la ensenada
Que ofrecen al navío tus limpios horizontes,
Para que lleve, oh patria, en sus sentinas llenas
El oro de tus trigos, la miel de tus colmenas,
El manto de tus reses y el tronco de tus montes.

De tus palmares, patria, los cantos placenteros
No solo hablan de túmulos y hablan de vicheaderos,
Que son como blasones de tu progenie indiana;
De tus palmares, patria, las músicas ternezas
No solo hablan de marcos y hablan de fortalezas,
Tendidas en tus límites por la conquista hispana.

Mecidos de la luna por el silente beso,
Los cantos que te cantan son salves al progreso,
Los cantos que te cantan son himnos al futuro;
Te dicen que su fuerza nace de su armonía,
Y que yá no los dobla la tempestad bravía
Por que, juntando troncos, se han convertido en muro.

El músico que afina las arpas de la aurora
Tambien afina, oh patria, la música sonora
Que los palmares cantan sobre tu altar austero;
De tus palmares, patria, la ardiente sinfonía
Es un coro de órganos que su saludo envía,
Heraldo de tus ánsias, al tiempo venidero.

De tu butiá las pencas y los sabrosos frutos
Pondrán, en tus altares, sus pródigos tributos
De azúcares y de óleos, oh patria bendecida,
Cuando en el árbol guérnico de la quietud serena,
Con todos sus rumores de fábrica y colmena,
Las libertades cuelguen el nido de tu vida.

Con todas las trompetas de su órgano sonoro,
Con todos los registros del clavicordio de oro
Que en sus penachos ponen los estelares brillos,
Cuando á sus brisas sueltan las noches de verano
Eso es lo que nos dice el coro soberano
De tus cimbreadores palmares de Castillos.

XVII

IN MEMORIAM

¡Cuántas veces al pié de la cuchilla,
Junto al dormido lago de la chacra,
Con la cerúlea flor del camalote
Sus oscuros cabellos adornaba!

¡Cuántas veces del lago cristalino,
Cuando la luz crepuscular desmaya,
Cortábamos las ondas
Al soplo de las auras

Y al golpe de los remos, que salpican
La ribera en que buscan y entrelazan
Sus hojas y sus troncos y sus flores,
Con amoroso afán, las pasionarias!

¡Cuántas veces, perdidos en el centro
De las tranquilas aguas,
Al rayo de la luna,
Con el hilo de luz de la esperanza,
Tejíamos sonriendo
La caprichosa malla
De un poema de amor, tan apacible
Y fugaz como el surco de la barca!
¡Fué mi pasión cual vino generoso
Que al suelo viene, si se quiebra el ánfora!

¡Cuántas veces la imájen de la niña,
Aquella imájen blanca,
Dormida para siempre, para siempre,
En el lecho nupcial de su mortaja,

Me dió á beber los zumos de algarrobo
De las siniestras pesadillas largas!

¡Cuántas veces al pié de su sepulcro
Me sorprendió la claridad del alba,
Apoyando mi frente dolorida,
Mi frente mustia y pálida,
Sobre la cruz de ñandubay humilde,
Sobre la cruz austera y solitaria!
Aun hoy, cuando del valle bendecido
Las sendas cruzo en perezosa marcha;
Cuando navego de lo azul del lago
Por las tranquilas aguas,
Donde se mira la naciente estrella
Y las toscas se bañan;
Cuando desde el ombú de nuestras citas
Los dulces silbos del zorzal me llaman,
¡Mi alma recorre el campo de los cielos
Para besar á su alma!

XVIII

EL SALMO DE LA PIEDAD

Al poeta Angel Falco

El hombre es el viajero infatigable
Que boga hacia las cumbres del destino:
Le sonríe, en las cumbres, lo inefable
Y la esperanza alumbra su camino.
Es Iblis, el arcángel desterrado,
El que bajó del cielo las escalas
Sintiendo que su cruz de condenado
Rompía los plumones de sus alas.
Pero yá llega al fin de su viaje,
Yá Luzbel se engrandece redimido,

Yá le rinden los mundos vasallaje
Y entrevé el suelo del Edén perdido.
Yá cruzan cariñosos por su frente
De una alborada eterna los fulgores:
¡Pueblos, amaos!... ¡adorad, vivientes!...
¡Tempestades, ceded!... ¡pasad, rencores!...

El proscrito ya siente la caricia
De los céfiros blandos de la altura:
¡Comulgó en el altar de la justicia,
Y recobran sus alas la hermosura!
¡Compañero de todos los vencidos,
Adversario de todas las cadenas,
Sabe que sus plumones renacidos
Se cimbran con albura de azucenas!
¡El sonoro broquel de los amores
A lo que sufre sin razón, embraza,
Que en el cáliz de todos los dolores,
Bebió todas las hieles de su raza!
¡Por todas las vejeces sin fortuna
Levanta su estandarte en la pelea;

Ha aprendido los cantos de la cuna
Y en las cunas, sin padres, canturea!
¡Milagrosa ascensión, salve inspirada,
Esfuerzo sin igual, noble ardimiento,
Que transporta á la tierra alborozada
Los palmares en flor del firmamento!

¡Oh divina embriaguez, acorde santo
Del átomo y del sol, connubio hermoso
Del alma con la noche, con el llanto,
Con lo débil, lo gris, lo doloroso!
¡Salve á la aurora arcádica, sin nombre,
Tejida con aludes de centellas,
Que levanta el espíritu del hombre
Sobre el fleco de luz de las estrellas!
¡Gloria á Luzbel, por siempre redimido,
Paso á Moloch que virginal fulgura
Y hossanna á Adán que pisa engrandecido
Los peldaños de lumbre de la altura!

Viene la edad feliz, la edad febea:

El Horeb se arrodilla ante el Calvario,
Susana transfigura á Citerea,
Beccaria hace imposible á Vendimiario.
El buen Jesús con Pan se reconcilia,
Besa Tifón de Osiris la pisada,
Y abre Sweno el hogar de la familia
De Kanút á la sombra ensangrentada.
¡Se unce Dracón al carro de la aurora,
Sivah siente la sed del paraíso,
Huye el Talmúd y el Evangelio implora
La unión de Cuasimodo y de Narciso!

En tanto el hombre sube victorioso,
Más justo cada vez, siempre más grande,
La música de un himno majestuoso
Por la extensión amplísima se expande.
Con todas las sonatas de los cielos,
En un turbión de notas difundidas,
Celebran la piedad de sus anhelos
Las cítaras del éter escogidas.
Coloca los tributos de homenaje

En su altar la materia domeñada,
Pidiendo que le ofrezca el vasallaje
Al pregonero azul de la alborada.
Lo azul pone en su ruego primoroso,
Para que se oiga su pregón divino,
La música estival del bosque umbroso
Y el susurro del zarzo del camino,
El eco del torrente en la montaña,
El crujir con que se abre la semilla,
El són de los balances de la caña
Y el zumbo de los astros sin mancilla.

Es el pregón, armónico y jigante,
El himno, compasivo y placentero,
Que riman, con sus ruedas de diamante,
Las auroras del tiempo venidero.
Es del pregón la ardiente sinfonía
El himno de la luz y la inocencia,
El himno de la paz y la armonía,
El himno del consuelo y la clemencia,
Cantado por las voces de la fuente,

Del pólen rubio, del insecto alado,
De los hornos del disco refulgente
Y de las flautas del maizal dorado.

Dice el himno, de notas jiganteas,
Que todo, á la piedad, tiene derecho:
¡Dad, á todos, el pan de las ideas!
¡Dad, á todos, la miel de vuestro pecho!
¡No hay negruras! ¡Diamantes no pulidos
Son las gotas del agua corrompida!
¡Hay un ángel rebelde en los vencidos
Por los injustos golpes de la vida!
¡Pulid y consolad! ¡En lo rugiente
Una escondida fulgidez destella!
¡Pulid y consolad! ¡En cada frente
Brille la compasión, como una estrella!
¡No temais que las zarzas espinosas
Mutilen, con sus punzos, vuestra mano!
¡Sus alas de color, las mariposas

Fabrican con sus sedas de gusano!

Haced con lo invernal y lo sombrío,
Lo que haceis con la gran naturaleza:
¡Tendeis el puente que atraviesa el río!
¡Del toro doblegais la fortaleza!
¡Clavando en el imperio de lo oscuro
Vuestros amplios pendones de conquista,
Pronto volveis con el diamante duro
Y la morada luz de la amatista!
¡Las almas son gigantes criaderos
De ópalos y rubíes cegadores!
¡Que tomen la linterna del minero
Y se hundan en la sombra, los amores!
¡Pulid con el taller y con la escuela!
¡Qué cada madre, cuando arrulla y vela
A su pequeño en la caliente falda,
Sepa con gozo que su copla riela
En el lago de luz de una esmeralda!

XIX

Vírgen de frente trigueña,
Que cariñosa y bizarra,
Inspiras á mi guitarra
Todos los versos que sueña;
Eres margarita isleña
De sonrosado crespón,
Y eres nativa canción
Que su nido de boyero
Construye sobre el alero
De mi amante corazón.

De tus labios carmesíes
El lenguaje melodioso,
Es el zumbo vagoroso
De un casal de colibríes;
Cuando piadosa sonríes
Y con frase enternecida
Me arrullas el alma herida,
Creo que una pasionaria
Enflora en la solitaria
Huerta sin sol de mi vida.

¡Mi flor de burucuyá
Y mi siempreviva de oro,
Tanto como yo te adoro
Ninguno te adorará;
Toda mi existencia está
Cercada por la opalina
Luz de tu imájen divina,
Como el pino de la loma
Vive envuelto en el aroma
Flotante de su resina!

¡Dulce canto de jilguero
Que mis soledades llenas,
Y camoatí que en mis penas
Labras mieles de romero;
Anacarado lucero
Qus tus luces á colgar
Has venido en mi palmar,
Brilla, como lampadario,
Y aroma, como incensario,
De mi musa en el altar!

XX

LORELEY

(Al Dr. Germán Roosen.)

Junto á las aguas hondas, muy hondas,
Su negro potro detuvo el rey,
Mientras vibraba, bajo las frondas,
El wals divino de Loreley.

Sobre una roca, bajo la lluvia
De la tremante llama lunar,
Sus rizos peina la ondina rubia,
La de los verdes ojos de mar.

Como los rayos de un meteoro
Sobre una nube blanca y gentil,
Brillan los rayos del peine de oro
Sobre su frente, que es de marfil.

Bajo el encanto del wals de amores,
Del potro negro se aleja el rey,
Y de la luna los resplandores
Doran los rizos de Loreley.

Al rey sonríen los labios rojos
Que el ritmo endulzan de la canción,
Mientras le miran sus verdes ojos
Con una extraña fascinación.

Siente el monarca lo irresistible
De la caricia de aquel mirar,
Y urde el ensueño de lo imposible
La escintilante blonda lunar.

Del wals divino las languideces
Son como un largo beso de amor;
Fingen sus notas las desnudeces
De los encajes de un peinador.

La ondina rubia suelta su leve
Manto de gasa, traje de tul,
Y como un sueño de oro y de nieve
Se hunde en las ondas del río azul.

De las espumas con los reflejos
Sus verdes ojos llaman al rey...
Y se oye lejos, pero muy lejos,
El wals divino de Loreley.

XXI

Es mi alma un pebetero de mirras de cariño,
Que humea de mi musa sobre el altar pagano,
Para besar la frente purísima del niño
Y acariciar la frente rugosa del anciano.

El ritmo de mis cantos, que es ritmo de tristeza,
Se apiada de igual modo, cuando la luz declina,
De las auroras rubias, cuyo chispear empieza,
Y los ponientes grises, cuyo chispear termina.

En el guindal naciente y en el guindal maduro,
El mismo tordo dice su treno desolado:
¡La vida que comienza, es el dolor futuro!
La vida que se acaba, es el dolor pasado!

XXII

EL HIMNO DE LOS EJES

(A mi abnegado jefe, el coronel Cicerón Marín.)

¡Barrida por el humo de la locomotora,
Se vá la patria antigua, la patria soñadora!

Yá el viejo ombú no mueve sus flores amarillas'
Sobre los trebolares de todas las cuchillas;
Yá sobre nuestros trigos no merodean solo
El vuelo del churrinche y el canto del chingolo;
Yá el campo con cenefas de agrestes macachíes,
Que brillan centelleantes como orlas de rubíes,

No escucha las canciones alegres de la hierra,
Que aún flotan en las abras feraces de la sierra.

Imájen de la patria, que barre triunfadora
La luz de los fanales de la locomotora;
Manchada por el polvo de todos los caminos,
Bruñida por los astros de flecos diamantinos;
De sus resortes duros entre el crujir de hierros,
Llevada por sus bueyes, guardada por sus perros;
Trepando por las curvas de la pendiente escueta,
Con lentitud se arrastra la nacional carreta.

De sus pesadas ruedas la triste melodía
Es rezo y es sollozo, cuando se angustia el día;
De sus pesadas ruedas el rechinar doliente
Es llanto y es plegaria, bajo la luz poniente.
Hablan, sus roncos ejes, del rancho de totora;
Del triste campesino, que las ausencias llora;
Del pericón alegre, cuyas sensualidades,
Meciendo corazones, acercan voluntades;

Y de la pasionaria, que sube hasta el alero
Donde á volar aprenden los hijos del hornero.

Al ritmo de la nota, chirriante y lastimera,
Golpeando contra el toldo, se cimbra la caldera,
La que al parar la marcha, cuando el cansancio abruma,
Cuando los perros duermen, cuando lo azul se esfuma,
Cuando la sierpe roja sobre el fogón chispea,
Cuando los bueyes pacen, cuando lo gris negrea,
Y brillan los luceros sobre el camino largo,
Canta las vidalitas de nuestro mate amargo.

Huyendo de las luces de la locomotora,
Se vá la madre anciana, la madre soñadora;
La del plumón de cardos, donde esplendía el tuco,
Y la de las hazañas rugientes del trabuco;
La madre á quien vivaba gozoso el montonero,
La musa de las dulces canciones del boyero;
La que al morir la tarde, por la pendiente escueta
Gime en los chirriadores ejes de la carreta,

Rimando de otros tiempos las últimas memorias,
¡El himno de sus lloros y el himno de sus glorias

XXIII

¡No hay labios que tengan la dulce frescura
De tus labios rojos,
Ni hay ojos que tengan la ardiente ternura
De tus grandes ojos!
¡Tu boca es un nido
De besos cantores,
Y son tus pupilas el faro encendido
Que alumbra en la playa de nuestros amores!

¡Mi vírgen risueña,

Mi fuente serrana,
Mi musa trigueña,
Mi rosa de grana!
¡Torcáz que me arrullas; gentil pebetero
Que aromas mi vida, como un limonero
Vestido de flores,
Por la onda dorada de los resplandores
Del sol de Febrero!

¡Tus ojos ardientes,
Tus ojos de lava,
Son dos infinitos en cuyos orientes
La aurora es eterna, la lumbre no acaba!
El astro, que habita sus profundidades,
Fabrica las redes de las claridades
Con tanta premura,
Que el que de tus ojos se asoma al espacio,
Detrás de una hondura, descubre otra hondura
Poblada por soles de luz de topacio!

¡Envuelta en perfumes, cercada de cirios,

De mis pensamientos relumbra en la ermita,
Entre unos jarrones de rosas y lirios,
Tu imájen bendita!
¡Podrá el desengaño
Tender de sus nubes los negros crespones
Sobre el ermitaño!
¡Mi amor que te reza, postrado de hinojos,
La rítmica salve de sus oraciones,
Tendrá siempre rosas de pétalos rojos
Y nieves de lirio para tus jarrones!

¡Mi flor de romero,
Mi fuente serena,
Mi blanco lucero,
Mi musa morena!
¡Arábigo alcázar de mis alegrías,
Visión de mis noches y luz de mis días!
¡Coloquio de cita, que turba y recrea,
Te llevo en la sangre, te llevo en la idea!
¡El són de tu paso, resuena en el mío;
Si lloro ternuras, el arpa te nombra;

Me envuelve en tu aliento, la brisa del río,
Y unida á mi sombra, me sigue tu sombra!
¡Mi flor de romero,
Mi cítara de oro,
Rendido te quiero
Y amante te adoro!

XXIV

LA CALERA DE LAS HUÉRFANAS

I

¡De allí saldrán! Como torrente fiero
Que de la altiva cumbre se despeña
Y turba, con el grito de sus aguas,
El profundo silencio de la sierra,
¡Saldrán de allí para forjar estóicos
Sobre los yunques de la lid sangrienta,
Con los áureos lingotes de la gloria,

Tu augusto cetro y tu corona régia!

Como un grupo de águilas que agitan
Sus rémiges al sol, cuando despierta
Entre los róseos brazos de la aurora
La hermosura radiante de la tierra,
¡De allí saldrán los campesinos héroes,
Los montoneros de las patrias selvas,
Los centauros de poncho y de barbijo,
Los de cetrina palidez homérica!

¡Saldrán de allí los que la aguda lanza,
Los que la tosca lanza de tijera,
Con brazo hercúleo y ardoroso empuje
Sobre la frente audaz revolotean,
En las trágicas horas en que escriben,
Con su sangre de leones, tu epopeya!

¡Allí forjan el hierro de sus sílabas

Y allí pulen el ónix de sus letras,
Las bruscas salves, los ardientes víctores,
Los jubilosos himnos que celebran,
Oh dulce patria, tus primeros triunfos,
Los triunfos del Cerrito y de Las Piedras!

¡Embriaguez inmortal, vino de gloria
Que aun con sus fuegos nuestra sangre incendia,
Y cuyo brillo de rubí fulgura
En el oro del sol de tus banderas!
¡Vino de redención, que nos infunde
Un indómito afan de independencia,
Y con sus ácres mieles, todavía,
Gusto á laurel en nuestros labios deja!

II

¡Mil ochocientos once! ¡Nuestros ojos
Aún tu purpúrea llamarada quema!
¡Aún el grito de Viera y Benavides

En mi charrúa corazón con épicas
Y retadoras inflecsiones vibra,
Cuando Febrero sus doradas trenzas,
Como un columpio guaraní, en los ramos
De nuestras frondas montaraces cuelga!

¡Aún cuando Abril, con toques de neblinas,
A las vanguardias del otoño adiestra,
Tejiendo con la luz de sus crepúsculos
Collares de topacios y turquesas,
Escucho las pisadas del blandengue,
Que sobre el trébol de tus lomas suenan
Como un golpear de lienzos tricolores
Sobre las crines de un corcel de guerra!
¡Aún cuando Abril en las monteses cítaras
Preludia el himno de las hojas secas,
Las azules pupilas del caudillo
Me envuelven en fulgores de leyenda;
Con el lenguaje de su tinte heróico,
Gallardos dramas de valor me cuentan,
Y vivo con la vida de su tiempo

En la inmortal Calera de las huérfanas!

III

¡Me figuro que soy de los que siguen
El lienzo tricolor de sus banderas,
La carabina en el arzón colgada
Y el duro rejo en la robusta diestra,
Sobre un caballo que al trotar encorva
El cuello con ardiente gentileza,
Mientras el frío soplo de la tarde
Con las arrugas de mi poncho juega!

¡Héroe anónimo, soy de los que nunca
En el palacio de la gloria entran,
Aún que en su bosque de laureles caiga
El riego de los jugos de mis venas!
¡Sigo á la tricolor, por que en sus listas
Ondula el valle en que mi hogar se asienta
Gime el arroyo en cuyas ondas nado

Y arde la luz que á mi trigal verdea!
¡Sigo á la tricolor, por que me irrita
Del hispano la sórdida tutela,
Y por que soy el paladín ardiente
De la indomable libertad de América!

¡Héroe obscuro, caeré junto á un aromo,
Herido de un lanzazo en la pelea,
Con la golilla azul sobre la boca
Y en el sol indio las miradas puestas!
¡Héroe obscuro, los valles de la patria
Serán la sepultura en donde duerma,
Envuelto en el sudario del anónimo,
Las lobregueces de la noche eterna!
¡Me servirán de funerarias luces,
De los nativos astros las fulgencias,
Y en mi sepulcro llorará el pampero
Todos los lloros que en mi hogar se viertan
¡Serán las flores, que mi tumba inciensen,
Las margaritas de las lomas nuestras,
Y será el canto, que mi sueño arrulle,

El canto del zorzal de nuestras selvas!
¡Así caeré; pero caeré valiente,
Con el rejón en la nerviosa diestra,
Y en los labios el grito de esperanza
De la inmortal Calera de las Huérfanas!

IV

¡Fué la turba, lo humilde, lo sombrío,
El botín del cañón, la cenicienta
Mariposa que al brillo de lo grande
Siempre el tisú de sus alitas quema;
Fué la noche, lo tétrico, lo anónimo,
Lo que rimó la redentora endecha,
Y con la lima de su gran denuedo
Los anillos gastó de tus cadenas!
¡Fué, patria, lo ceñudo, lo que sufre,
Lo que vaga en la sombra, lo que rueda,
El zambo montaraz, el indio agreste,
Lo amamantado por la esclava negra,
Lo que primero respondió al profundo

Y generoso afán de independencia
Que en sus viriles almas escondían
Mariano Chaves y Mariano Vega,
Ramón Fernandez y Francisco Haedo,
Julián Laguna y Salvador Gadea!

¡Fué lo plebeyo, lo vulgar, lo ignoto,
Lo que cimbró su lanza de tijera
Para tejer los aros de la cota
Que bajo el lino de tu traje llevas!
¡Con ríos de su sangre, lo sin nombre
Fabricó los rubíes de la espléndida
Corona que en tu frente soberana
Se rompe en iris de cegantes hebras,
Uniendo su destino á tu destino
En la inmortal Calera de las Huérfanas!

XXV

EL CIPÓ

Nació sobre la copa del árbol corpulento,
Sin que ninguno acierte como ha brotado allí,
Aquel airón que ondula cuando solloza el viento
Y plegan los crepúsculos sus alas de rubí.

Los troncos de sus ramas con lentitud descienden
Nutridos por los jugos del árbol montaraz,
Y cuando al suelo llegan, como raíces prenden,
Cubriendo á todo el árbol con su festón vivaz.

¡Uniendo sus encajes con maña traicionera,
Como una red, en torno del árbol nutridor,
Al árbol estrangula la fuerte enredadera,
Al árbol en que el vuelo detuvo el picaflor!

Engaño de los ojos, semeja su verdura
Lo verde del ramaje de un árbol tropical,
Y son aquellas mallas como una fosa obscura
En donde el tronco duerme su sueño sepulcral.

En vano es que renazca la dulce primavera,
Tiñendo al horizonte de nácar y punzó:
¡Yá el tronco ni verduras ni céfiros espera!
¡Le cubren para siempre los ramos del cipó!

Señor, que de las dudas el malezaje rudo
Tejiste sobre el árbol altivo de mi fé,
Si yá está todo el árbol decrépito y desnudo,
¿Por qué mandas al tronco que permanezca en pié?

XXVI

EL SAUCE

Sobre el espejo de los patrios ríos,
Dando frescura y sombra á la ribera,
Cimbra el sauce su verde cabellera,
De sus ramos la urdimbre secular;
Y cuando el blanco disco de la luna
En las tranquilas ondas se retrata,
Como un columpio guaraní de plata,
Se ve á la cabellera relumbrar.

Cuando el salvaje soplo del pampero
Los verdes ramos del sauzal agita,
En ese instante en que la flor palpita
Con la inquietud que dá el anochecer;
Y cuando mece el disco de la luna
En las aguas sus trémulos fulgores,
De la urdimbre de lánguidos verdores
Salen dolientes lloros de mujer.

Dicen que cuando los guerreros toldos
Nuestros fértiles valles recorrían,
Y sus diademas de ñandú mecían
A la ardorosa luz del patrio sol,
Una hermosura de cobriza frente
Y de largo cabello renegrido,
Dejó que en su alma suspendiese el nido
La imájen varonil de un español.

¡Cuántas veces las hadas de la fronda
En que sus ramos el ceibal agita,

Vieron, en los transportes de la cita,
De la charrúa el corazón latir!
¡Cuántas veces las hadas de la selva
Con la voz de las hojas la arrullaron,
Y cuántas, cuántas veces sollozaron,
Sobre su amor, las tardes de zafír!

¡Presa en la luz de los hispanos ojos,
Se siente arder la garza de los ríos,
Como presa en la luz de los estíos,
Se siente arder la flor del arazá!
¡En su pecho, la voz idolatrada
Vibra constante, dulce y tentadora,
Como vibra la música sonora
Del tordo en los penachos del butiá!

Y dicen que una vez, en que la indiada
Hizo nido nocturno en la llanura,
Por no ver en los mares de la altura
El faro de amatistas de una luz,

De pronto despertó despavorida,
Bajo ayes de dolor desgarradores,
Envuelta en los relámpagos traidores
Y el siniestro vocear del arcabuz.

¡Oh cobarde maldad! ¡Es la charrúa
La que los pasos extranjeros guía,
Los arcabuces cuentan su falsía,
La delatan con brillo cegador;
Y el padre de la apóstata, un cacique
Que cae rugiendo, con la sién deshecha,
Clava, al morir, el áspid de su flecha
En aquel pecho que turbó el amór!

La flor tronchada, la torcaz herida
Nombra, con un sollozo plañidero,
Al astuto y galán arcabucero,
Al que de amores la enseñó á sufrir;
Y envuelta por la sangre de los suyos,
De los suyos oyendo los quejidos,

La venadilla de ojos renegridos,
La garza azul se preparó á morir.

Con las pupilas más que con los labios,
Como hablan el ensueño y la quimera,
Le dice la torcaza plañidera,
Muy tiernamente, al pálido español:
—¡Yá nunca, nunca, con tus claros ojos
Azularás la noche de los míos!
¡Piensa en mí, dulce bien, cuando en los ríos
Se hundan las luces de mi patrio sol! —

Entre la tierra y las plomizas nubes,
Ya libre el alma de la niña flota,
Como si fuese la errabunda nota
De un amoroso y lánguido cantar,
Y cuando el cisne de la luz naciente
Abrió su vuelo en el confín nublado,
¡Sobre un arroyo, terso y azulado,
El primer sauce se empezó á cimbrar!

No extrañeis, cuando el soplo del pampero
Los verdes ramos del sauzal agita,
En ese instante en que la flor palpita
Con la inquietud que dá el anochecer,
Y cuando mece el disco de la luna
En las aguas sus trémulos fulgores,
Que salgan de los lánguidos verdores
Como dolientes lloros de mujer.

XXVII

¡Mireme con pasión! ¡Rapidamente,
Como rueda la piedra en el declive
Y como rueda el agua en el torrente,
He rodado hácia tí! ¡Mi vida vive
De las limosnas de tus labios rojos,
Y son las frases, que mi pluma escribe,
Destellos de la lumbre de tus ojos!

¿Qué hacer sin tí? ¡La inmensidad se azula
Con los reflejos de tu ardiente estío!

¡En todo lo que brilla y lo que ondula
Halla algo tuyo el pensamiento mío!
¡Es tu cabello el que la noche extiende
Sobre la inmensidad, cuando la noche
El faro de sus ópalos enciende,
Y es el perfume de tu tez trigueña
El perfume que flota sobre el broche
De los capullos de la zarza isleña!

¡Todo está en tí, calandria silbadora
De mi espíritu en flor! ¡Fuente sellada,
Donde la ondina del deseo llora
El arrullo inmortal de su balada!
¡Abre tu corazón, para que el vuelo
Detenga allí la soledad del mío!
¡Sé tú la estrella de mi triste cielo,
Y sé la diosa de mi altar vacío!

¡Pusieron de tu manto en los cairele,
Cuyo crujir se escucha en mi lenguaje,

Su perfume morisco los claveles
Y las garzas azules su plumaje!
¡Es tu nombre en mi boca, dulce dueño,
Una embriaguez de almíbar deleitoso,
Y nadas de mis noches en el sueño
Como un cisne en un lago tempestuoso!
¡Es tan dulce el placer de contemplarte,
Oh campanilla de morenas flores!
¡Quién pudiese, al morir, acariciarte
Con un beso en los ojos habladores!

¡Todo lo alegras, todo lo embelleces
Con el arrullo de tu voz querida!
¡Son tan hondas, tus hondas languideces,
Y es tan profunda, junto á tí, la vida!
¡Cuando de tus miradas cegadoras
Con lo insondable, mis pupilas lleno,
Mi sér quisiera descontar las horas
Soñando en el columpio de tu seno!
¡Y morir de ese modo,
Por tus pupilas pardas custodiado,

Después de haberlo comprendido todo,
Después de haberte inmensamente amado!

XXVIII

LA CANCIÓN DEL TRABAJO

(Al Dr. Martín C. Martínez)

I

Noble derecho, á fuerza conquistado
De sufrir y vencer! ¡Gloria adquirida
Por el mar de lo humilde, que ha regado
Con glóbulos de sangre enrojecida,
El peñón escarpado
De todas las riberas de la vida!

¡Actividad sagrada,

Que rige á la materia encadenada
A su carro triunfal, y con la frente
Por el sudor de la inquietud bañada,
Escucha el despertar de la simiente
En el lecho del surco reclinada!

¡Esa es la ley, dulcísima señora
De mis cumbres, mis bosques y mis llanos!
¡Vístete de percal, oh labradora!
¡Manche el yunque los lirios de tus manos!
¡Esa es la ley, pero la ley suprema!
¡Dobla la frente bajo el grave peso
De esa ley, y fabrica la diadema,
En los hornos del sol, de tu progreso!
¡Qué en todas tus campanas
El sonoro redoble del badajo
Cante, oh señora, las ardientes dianas,
Los varoniles himnos del trabajo!

II

El esfuerzo sublime
De la labor tenaz, extraño aliento
A la materia imprime:
¡En la célula gris es pensamiento,
Como es timón en el bajel que gime
Mecido por la espuma y por el viento!

¡La espesura del bosque embalsamado,
En donde enhebra el ritmo de su lloro
El cardenal de fieltro colorado,
El hacha trueca en rico artesonado
En donde esculpe crisantemos de oro
El arte, de la luz enamorado!

¡El minero, á la tierra
Arrebata el carbón, ese tesoro
Que en sus montes encierra,

Y que en chispas fugaces convertido,
Como si fuese el carro de la aurora,
Llama al futuro con el férreo ruido
De la locomotora!

¡El trabajo es la ley, la ley sombría,
Pero la ley clemente y bienhechora,
Que hácia lo grande nuestro esfuerzo guía!
¡Él descubrió la mágica armonía
Del coro sideral, á lo profundo
De los mares bajó, y en el desierto
Dialoga con el númen errabundo
De las razas que han muerto!

¡Gloria al titán, que marca en las arenas
Los arabescos del jardín vistoso,
Y esclaviza con sólidas cadenas
Al rayo fragoroso!

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD SECCION DE ENSEÑANZA SECUNDARIA Y PREPARATORIA MONTEVIDEO

III

¡Entremos, madre mía,
Entremos en la ardiente ferrería,
Donde escribe con letras de diamante
Tejiendo de las chispas el ovillo,
Del trabajo la estrofa centelleante,
Sobre el yunque, la clava del martillo!

¡Escucha lo que dicen vocingleras,
Al hervir sobre el horno, las calderas,
Y uniendo los chispazos de colores
De la fragua y el yunque, los fulgores
Dora otra vez del sol de tus banderas!

¡Al mandato divino
De tu augusto poder, madre y señora,
Salgan de allí la rueda del molino,
De los puentes la arcada cimbradora

Y el alambre del cerco del camino!
¡Al conjuro sagrado
De tu poder gigante,
Salgan de allí las lanzas del arado
Y los guinchos del rudo cabrestante!

¡De la ley inflexible, de la humana
Ley del trabajo, los cilicios lleva,
Y abre tu corazón, oh soberana,
A los transportes de una vida nueva!

IV

¡Llamados por el són de la bocina,
Que del alba se junta á los rumores,
Entremos en la usina
Donde tejen sus himnos redentores
Los genios de la luz! ¡El mundo adora
De la luz en el templo hospitalario!
¡Los ojos tienen ansiedad de aurora!

¡Las almas tienen sed de abecedario!

¡Ascensión sorprendente y sin mancilla!
¡En las primeras noches de la tierra,
Es la luz de la colza la que brilla;
El óleo gris que de la colza encierra,
En su cárcel obscura, la semilla!
¡El mechero de Argand en las memorias
Surge, después, con su fulgor nublado;
Muere la edad de las feudales glorias,
Y sus luces son lámparas mortuorias
Que oscilan en la tumba del pasado!

¡Ascensión sorprendente y duradera!
¡Drake baja á los antros de la mina,
Y del petróleo la purpúrea hoguera
El templo de las noches ilumina!
¡Múrdoch, en sus gigantes alambiques,
Destila el gas de la hulla centenaria,
Que luce en las negruras de los diques

A manera de faro y de plegaria!
¡Winzler recoje el gas, lo canaliza,
Doma sus incendiadas claridades,
Mide su fulgidez y lo utiliza,
Como sol de la noche, en las ciudades!
¡Y Nollet, finalmente, avasallando
A la máquina informe, que empujada
Por el vapor, se mueve rechinando,
Urde una luz de claridad nevada!
¡Así el humilde tejedor de seda,
Que hiló zumos de olivos en su cuna,
Yá á los arcos voltaicos enreda
Todos los resplandores de la luna!

¡Oh divina ascensión embriagadora!
¡Oh indescriptible triunfo soberano!
¡Hacer de las arañas de la aurora
Las siervas fieles del ingenio humano!
¡Madre, á la luz! ¡Pongamos, en tu frente,
De las mañanas del futuro el beso!
¡Que tu labor, pacífica y valiente,

Funda, en tu altar, los soles del progreso!

V

¡Oh tiernísima madre, dulce asilo
De mi primera edad, último albergue
Donde los ojos cerraré tranquilo!
¡Sobre tus curvas lomas
Yá de la noche el pabellón se hiergue,
Y la estrella del Sur, con sus fulgores,
Acaricia el desmayo de tus flores,
Envueltas en su túnica de aromas!

Mira á lo lejos. De una luz serena
Avanzan y relumbran los topacios:
¡Es la pupila del titán, que llena
Con su afanoso grito los espacios!
¡La máquina recorre las llanuras,
Cargada con el oro de tus mieses,
Sobre el que flota el manto de blancuras

De los ricos vellones de tus reses!
¡A veces el furgón es un aprisco
En que balan, saltando, tus corderos;
Y el furgón es, á veces, el morisco
Cármen de tus frondosos naranjeros!
¡A veces es un troje, en el que apiñas
Las matas de tus verdes trebolares;
Y á veces es lagar, en que tus viñas
Rompen á coro en báquicos cantares!
¡Y por contrarios rumbos, de remotas
Naciones vienen las veleras flotas,
Que empuja de los vientos el respiro
Al cruzar las marinas soledades,
Para hacer de tus jóvenes ciudades
Las émulas de Ménfis y de Tiro!

VI

¡Patria del urunday, cuna bendita
Del chingolo cantor, cesto fragante
En que crece la roja margarita,

Pincel de los ocasos de diamante!
¡Zumbo de camoatí, miel de rubíes
Oculta en las cortezas del granado,
Y edén de los pequeños colibríes
Que cimbra el espinillo embalsamado!
¡Taller de los doseles purpurinos
De las cálidas siestas de Febrero,
Y altar en donde se abren los divinos
Brazos de los fulgores del Crucero!
¡Dulce patria gentil, de tus mañanas
Empuña la hoz de reluciente tajo,
Y haz que se escuche en todas tus campanas
La canción victoriosa del trabajo!

VII

¡Descíñete el arnés y el yelmo rudo!
¡Abandona la lanza y el escudo!
¡Independiente y libre, en tus fronteras
Yá ondulan, sin rivales, tus banderas,

Y el militar arreo
Es para tus talleres y tus eras
El buitre que tortura á Prometeo!

¡La azada y el arado
Coloca de tu escudo en los cuarteles!
¡Te basta, madre mía, tu pasado
Para contar y recontar laureles!

¡Oh expléndida amazona,
Que has engarzado al sol en tu corona,
Y que bajo tu olímpica coraza,
De cien razas latir sientes el pecho
En el pecho pujante de tu raza!
¡Oh vestal del derecho,
Oh dulce desposada del futuro,
La de los extendidos gramillares,
Las curvas cuestas, el ambiente puro

Y los castos hogares!

¡Desde el grito de Asencio, clarinada
Que anuncia la alborada
De nuestra libertad, heróico grito
Con que en el rojo campo de las lides
Enarbolaron tu pendón bendito
Los centauros de Viera y Benavides,
Hasta los grandes lloros de alegría
De Sarandí é Ituzaingó, tu historia,
Oh noble patria mía,
En un sublime cántico de gloria!

¡Fuiste como el oleaje
Que lucha audaz con el peñón salvaje!
¡Se retuerce, se agita, espumajea,
Sobre el peñasco salta,
Abrazando al peñasco forcejea,
Con sus espumas el peñón esmalta,
Roto en dolientes gotas se retira,

Ruje otra vez su grito de pelea,
De nuevo en torno del peñasco gira,
Y del peñón, al fin, se enseñorea!

¡Si el peñasco es castillo,
La ola es lima, y es diente, y es martillo,
Y es catapulta, y es hervor! ¡Su fiera
Intrepidez y su verdoso brillo
Tienen palpitaciones de bandera!
¡En su espuma lo róqueo se disuelve,
Como un alud sobre el peñasco pasa,
Y vuelve, y vuelve, y vuelve
Hecha mordisco y aletazo y brasa!
¡Poco á poco lo achica y desmorona,
Lo pule y desmenuza entre sus brazos,
Y con furias de leona,
De corrosivos musgos lo corona
Y convierte en arenas sus pedazos!

¡Tú, también, en arenas

Trocabas el peñón de tus cadenas!
¡Tú, también, como la ola embravecida,
Sentiste en tu almo seno
Fiebres de libertad, fiebres de vida,
Y ganando terreno,
Como la espuma que rugiente avanza,
Ponías en tu voz ritmos de trueno
Y terquedades de olas en tu lanza!

VIII

¡Del vaso del heroismo
Apuraste el licor hasta las heces!
¡Hoy pide, dulce madre, el patriotismo
Otras victorias y otras embriagueces!
¡Yá libre, tu garganta
De la vendimia las endechas canta,
Riza tus mieses sosegado el viento,
Y es en tí todo, mi nodriza santa,

Cincel y pensamiento!

¡El alfabeto alado
Riñe con la ignorancia y el delito
El combate sagrado,
El combate bendito,
La lucha ardiente y fiera
Que sostiene el venado,
Más ágil que la luz, con la crucera!

¡A vendimiar virtudes é igualdades!
¡A convertir el leño
En bajel que atraviesa tempestades,
Como las cruza el camalote isleño!
¡Con las uvas morenas
De tu campo salteño,
A remozar la sangre de tus venas,
Y arriba, siempre arriba, donde apenas

Logran subir las alas del ensueño!

¡A trabajar, señora!
¡Qué el martillo en el yunque y la bruñida
Sierra en el monte, donde el mirlo llora,
Alcen la bendecida
Canción que canta el númen de la vida
En el salterio de oro de la aurora!

¡Sí, madre mía! En tanto
Que en la saya amarilla del sarmiento
Gime el otoño su doliente canto,
Y que la uva dorada,
En el cesto de mimbres apiñada,
Conducen al lagar los tardos bueyes,
De la labor sumisos á las leyes;
En tanto entre los haces de la leña,
Con olores á salvia y á tomillo,
Tañe su guzla campesina el grillo,
Y del grano la clámide risueña

Se vá hilando del surco en las entrañas;
En tanto del raudal el ondulaje,
Al bajar de la sien de las montañas,
Refresca y fecundiza el paisaje;
Y en tanto, en la ciudad, los pensadores,
De las vigilias bajo el grave peso,
Para calmar penurias y dolores,
La compasión enlazan al progreso;
¡Imitando, señora,
Al martillo en el yunque y la bruñida
Sierra en el monte, donde el mirlo llora,
Cante el laud de tus bardos la sentida
Canción que canta el númen de la vida
En el salterio de oro de la aurora!

XXIX

Vive en mis bosques americanos,
Que cruza el vuelo del mirasol,
Y en los que labran nuestros gusanos
Sus madejitas de hilos de sol;

Vive en los bosques, donde la altiva
Maldad se hiergue de nuestro ahué,
La pudorosa, la sensitiva,
La flor amante del caicobé.

Tiemblan sus hojas amorenadas
Con un hechizo particular,
Cuando en la curva de las quebradas
Brilla el lucero crepuscular.

Como plegarse la contemplaron
Por un revuelo de colibrí,
« Planta que piensa » la apellidaron
Nuestros charrúas en guarani.

Al darle un nombre tan armonioso
La tribu indiana tuvo razón,
Por que es su cáliz el misterioso
Y austero asilo de un corazón.

Al menor roce las hojas cierra
La delicada flor estival,
La sensitiva de nuestra tierra,
La que en sus silbos nombra el zorzal.

¡Vén á mis bosques, donde la vida
A idolatrarte consagraré,
Mi primorosa, mi bien querida,
Mi flor morena de caicobé!

¡Vén á los bosques, que mi ternura,
Rimando sueños, te hará llorar,
Cuando en los claros de la espesura
Brille la estrella crepuscular!

¡Vén, oh calandria, que en mis amores,
Como en un manto, te envolveré,
Cuando la luna, con sus fulgores,
Bese á las flores
De caicobé!

XXX

ALMA Y MUSA

¿Sugestión? ¿Metempsícosis? ¡Lo ignoro,
Aun que sé que mi espíritu es el coro
En que alzan su cantar,
Tus crespos ríos, tus azules lomas,
Tus libres aves, tus pintadas pomas
Y tu rujiente mar!

¡Yo solo sé que mi civismo santo,
Todas tus ánsias convirtiendo en canto
Ó en salve de clarín,
Es una lira en que tu voz, señora,
Arrulla, impele, profetiza ó llora
En acorde sin fin!

Yo solo sé que soy la enredadera
Con que envuelves, señora, á la palmera
De tronco secular,
Ó al laurel blanco, por tu sol nutrido,
¡Al laurel en que cuelgas mi vestido
Cuando voy á enflorar!

¡Solo sé que las cuerdas de mi lira
Tu númen las trenzó, del vira-vira
Con el hilo textil,
Para que cuenten del charrúa fiero,
Del baquiano sagaz y el montonero
La leyenda viril!

¡Solo sé que en tus lomas y mesetas
Lloro, con el chirriar de tus carretas,
Sobre el trébol de olor,
Y que de tus torrentes las espumas
Pinto con los reflejos de las plumas
Del grácil picaflor!

¡Solo sé que soy grana en tus ceibales:
Que de tus fuentes nado en los cristales,
Siguiendo al surubí;
Y que en la orilla de tus curvos ríos,
Confunden sus alientos con los míos
La nutria y el coatí!

¡Solo sé que en el iris de tus brumas,
Cortinones que tejes con las plumas
Más suaves del ñandú,
Floto sobre el crestón de tus cuchillas,
Refrescando las viejas y amarillas
Guirnaldas del ombú!

¡Yo solo sé que en tu jaguar soy garra,
Melancólico acorde en tu guitarra,
Y sierra en tu caimán,
Ópalo en los cabellos de tu aurora,
Dardo agudo en tu zarza cimbradora
Y flor en tu arrayán!

¡Yo sé tan solo que en tu halcón soy vuelo
Un brillante que arrastran por el cielo
Tus puestas de carmín,
Reclamo en tu zorzal, sangre en tus mieses,
Abrigo en los vellones de tus reses
Y aroma en tu jazmín!

¡Yo solo sé que mi civismo santo,
Todas tus ánsias convirtiendo en canto
Con murmullos de mar,
Es una lira en que tu voz, señora,
Arrulla, enfiebra, profetiza, llora
Y nos hace llorar!

XXXI

LA CRUZ DEL SUR

(Al Dr. Arturo Lussich.)

Cuando las carabelas rechinantes
Y con todo su lienzo desprendido,
Entraban yá del mar desconocido
En las verdes planicies ondulantes,

Se hincaron con pavor los navegantes
Del casco férreo y del arnés bruñido,
Al sentir en su rostro ensombrecido
La llamarada azul de tus brillantes.

Así que tu fulgor brilló en sus golas,
¡Cruz del altar del mundo americano!
Le dijeron las brisas y las olas
Al león rujiente del escudo hispano,
Que si tú sus espumas arrebolas,
¡Canta á la libertad nuestro Oceáno!

XXXII

EL MAIZ

Hace yá muchos lustros, muchos lustros,
Se acercaban á tí las carabelas,
Batidas por el cóndor del pampero,
¡Que enronqueció de angustia y de verguenza!
Con sus palos sin cofas y el latino
Velámen triangular en las entenas,
Las españolas naves parecían
Como alciones que cruzan la tormenta
Y trazan, sobre el dorso del oleaje,

El arco de sus rémiges inmensas.

Al mirarlas llegar, dijo á tus gnomos
El alma primitiva de la América,
La que al sol de los incas,
Al sol de los aztecas,
Sobre la noche azul de sus cabellos,
Con mil dardos sujeta:
—¡No consintais, oh duendes de las grutas,
Que el hombre blanco, en su codicia inmensa,
Me arrebaté los fúlgidos tesoros
Que elaboró la sangre de mis venas!
¡El sol, que adorna los cabellos míos,
Ríe en sus bordes, en su fondo juega,
Y es injusticia que otro sol las llamas
Rompa sobre el cristal de sus facetas!—

Y tus gnomos, cavando y más cavando
Veinte noches enteras,

Hicieron una fosa tan profunda
Que daba miedo el asomarse á ella.
—¿Hay oro en las corrientes? ¡A esconderlo!
¿Hay perlas en la costa? ¡A recojerlas!
¡Así, talvez, nos dejarán tranquilos
Los rudos hombres blancos que se acercan!—
Se dijeron tus gnomos, y en la fosa
La pedrería entierran
Que fabricó la luz del sol indiano
En las entrañas negras
De las cumbres en donde
El espinillo y el ombú verdean.

Los gnomos á la fosa
Bajaron con presteza
El rubí, que es un beso y una herida
Perpetuamente abierta,
Cuyos trémulos bordes enrojece
La sangre de una estrella.
Y en la fosa, los gnomos escondieron
De la esmeralda el lago de fulgencias,

El sueño de los oros del topacio
Y el celaje auroral de la turquesa,
Las áscuas del granate, del berilo
La policroma endecha,
El morado temblor de la amatista
Y el luminoso llanto de las perlas.

Y los gnomos, despues de terminada
La fatigosa empresa,
Para tapiar el deslumbrante hueco,
En el hueco vaciaron una sierra,
Extendiendo el más grande de mis ríos
Sobre la tumba de tus áureas piedras,
Mientras dice á los gnomos,
Que lloran con tristeza,
El alma primitiva
Y vírgen de la América:
—¡Dejad, dejad que en su sepulcro inmenso
Vuestros diamantes duerman!
¡La sangre de la luz no está perdida!

¡Yá el sol me ha dicho lo que hará con ella! —

Muchos lustros después, cuando empezaron
Las salves del clarín en tus praderas
Y el sueño de los libres
Tus visiones enfiebra,
En las verdes lomadas de tus costas,
¡Las piñas del maíz al sol chispean!

Los gnomos, que conocen
Su orígen de leyenda,
En las panojas rubias,
De lo que fué conversan,
Fabrican, en sus granos,
Las mieles de la zeina;
En los husos del céfiro,
Fantásticas diademas,
Con los morochos hilos
De su penacho, trenzan;
Y cuando el día muere,

Cuando la noche llega,
Sobre el maizal, que rítmico
Como una lira suena,
Reflejos de esmeralda,
De sárdio y de turquesa,
Coloca el sol charrúa,
¡El rojo sol de nuestra libre América!

XXXIII

EX-VOTO

No escuches con tristeza y con desvío
De mi guitarra rústica los sones;
Podrán ser muy humildes mis canciones,
Pero en tu elogio las forjó mi brío.

Fuiste la llama de mi ardiente estío,
Eres hoy la mejor de mis pasiones,
Y al crujido viril de tus pendones
Rima sus coplas el ingenio mío.

¡Yo soy un tordo que alza sus cantares
De un cañon de tu escudo en la cureña,
Un cocuyo que brilla en tus altares,
Un broche rojo que en tus ceibos sueña,
Y una chispa, señora, que en tus mares
Arrojó el sol de tu gloriosa enseña!

XXXIV

LAS PIEDRAS

Cante, con rima gozosa,
Del bordón el redoblado,
Al blandengue denodado
De la tricolor gloriosa;
Vibre en la décima airosa
El redoble del bordón,
Como vibra la canción
Que vuela de rama en rama,
Y volando se embalsama
Con perfumes de cedrón.

¡Gloria al blandengue inmortal,
Al hazañoso caudillo
De los pagos del tomillo
Y los pagos del zorzal;
Al que el alma nacional
Forjó con trozos de acero,
En el ardiente entrevero
Donde viva á la esperanza
El relumbrar de la lanza
Del indio y del montonero!

¡En la cumbre y en el llano
De nuestro suelo nativo,
Mandaba adusto y esquivo
El pabellón castellano,
Cuando la robusta mano
De aquel fuerte luchador,
Sobre la pradera en flor
Y la loma atrebolada,
Hizo flotar la sagrada
Nube de la tricolor!

La nube, rompiendo en llanto
De sangre y de bizarría,
En tus lomadas crujía
A manera de himno santo;
Y al escuchar aquel canto,
En cuyos acordes late,
Como espada y acicate,
La angustia que te consume,
¡Sueña del ceibo el perfume
En ser arma de combate!

¡En la nocturna quietud
De los ranchos de totora,
Todo siente y todo llora,
Oh madre, tu esclavitud;
Todo habla con acritud
De tu cautiverio impío,
Desde la curva del río
Que entre el pajonal blanquea,
Hasta el pasto en que gotea
Sus diamantes el rocío!

¡Cuando con cólera santa
Nuestro blandengue famoso,
De su estandarte glorioso
Los tres listones levanta,
Ruje en vivas la garganta
De lo que gime vasallo,
Y siente, al golpe del callo
De su redomón de guerra,
Sed de ser libre la tierra
En que pisa su caballo!

¡Nuestra patriótica fé,
Siguiendo al caudillo fiero,
Te forjó un altar de acero,
Patria mía, en San José,
Que al sentir próximo el pié
Del blandengue triunfador,
El viento, el río y la flor
Se convertían en brazo,
Donde izaba su aletazo
La indomable tricolor!

¡Las Piedras! ¡En su llanura
Aún está, con sangre, escrito
Aquel esfuerzo bendito
Que quebrantó tu clausura!
¡Aún en sus llanos perdura
La ronca salve marcial
Del fusil de pedernal,
Que cita á la gloria daba
En los pliegues que ajitaba
La tricolor inmortal!

¡Gloria, madre, eterna gloria
A tus montoneros fieles,
Y haz con ramas de laureles
El marco de su memoria!
¡En el templo de tu historia
Brillen con cegante brillo
Los que, siguiendo al caudillo,
Colocaron tus fronteras
De sus tacuaras guerreras
En la punta del cuchillo!

¡Eterna gloria al denuedo
De tan insigne jornada!
¡Gloria á Perez y Tejada,
Alvarez y Figueredo!
¡En aquel heróico enredo,
De Walcalde la pasión
Rimó el himno del cañón
Con tan fiera bizarría,
Que en los bronces se sentía
Latir á su corazón!

¡Es justo, patria, que llores
Con un lloro alborozado,
Al recordar el sagrado
Afán de tus tricolores!
¡Aquel ensueño echó flores
Tras angustiantes fatigas,
Y aún hoy, sobre tus espigas,
De los tordos el alegro
Victoria á Valdenegro
Y canta un himno á tu Artigas!

XXXV

LEANDRO GOMEZ

Al Dr. Julián Quintana

¡Enjuto el rostro, varonil y altivo;
La blusa, por la pólvora manchada;
A los piés, los fragmentos de su espada;
Impávido, tenaz, despreciativo!

¡El ademán, laconio y expresivo;
Cada frase, una ardiente clarinada;
Y en la homérica luz de la mirada,
Los lamparazos de mi sol nativo!

¡Así cayó con actitud guerrera
Y así vive del mundo en la memoria!
¡Es un marco que brilla en la frontera,
Oh madre, de los huertos de tu gloria!
¡Es una franja azul en tu bandera,
Y un coro de redobles en tu historia!

XXXVI

EL JOYERO ASIÁTICO

En Bagdád, la ciudad de las joyas,
Tengo un nombre, que algunos envidian;
Y al hallarme, los niños murmuran:
—¡Ahí vá el lapidario de piedras muy finas!—

Cuando quiero cantar á la patria,
El rubí y el diamante me auxilian:
¡El rubí, que es el vino del gnomo,
Y el diamante, la gruta magnífica

Donde el hada, que teje los soles,
Ha encerrado los wals de las chispas!

Si tu amor me tortura el espíritu,
Si tu nombre en mis labios suspira,
Si te veo flotando en la sombra...
Hilo y pulo la perla enfermiza;
Y coloco en el haz de las perlas,
Cuyos suaves reflejos fascinan,
La esmeralda, la hurí que nos dice
Con sus ojos muy verdes: ¡Confía!

¡Á pulir, lapidario, sin tregua
En la frágua genial de las rimas,
Donde forjas los oros del verso,
Burilando sus duras esquirlas!
¡Lapidario de piedras preciosas,
Con tu sangre las llamas aviva,
Engarzando en la cruz de tus penas
El topacio de lumbre amarilla,

Que recuerda el color de los cirios
Y el color de las rosas marchitas!

Mercader de la tienda del Tigris,
Mercader de Bagdád la divina,
A quien dieron, acaso, en herencia
Sus tesoros los viejos califas;
Mercader, que compraste en Damasco,
Por capricho, tu corva gumía,
Cuyo puño de plata enriqueces
Con los fuegos de doce amatistas:

Cuando la última perla de tu alma
En sus hornos consuma la rima,
Donde forjas los oros del verso
Burilando sus duras esquirlas,
¡Qué te abrace la novia de nieve;
Qué tus manos se junten tranquilas;
Qué sofoque la luz de tu tienda,
Con sus alas, la noche infinita;

Y qué en lienzos, azules y blancos,
Amortajen tu cuerpo sin vida!...

En Bagdád, la ciudad de las joyas,
Tengo un nombre, que algunos envidian;
Y al hallarme, los niños murmuran:
—¡Ahí vá el lapidario de piedras muy finas!—

XXXVII

LOHENGRIN

I

¿Donde vás? — me decían las olas,
Moviendo sus ricos encajes de nácar,
Y el cisne inclinando su cuello flexible,
Altivo y alegre, las olas cortaba.
¡Entonces, oh madre, lucía la góndola
Muy blanca, muy blanca!
¡Eran muy azules, oh madre, los cielos!

¡Muy verdes, oh madre, muy verdes las aguas!

Con una armadura
De anillos de plata,
Y alzando en el yelmo
Un haz de fulgores del sol de las albas;
Luciendo en el cinto, bordado de perlas,
Oh madre, una espada
Que de las justicias y de las virtudes
Con todos los temples, forjó la esperanza,
—¡Voy en busca del ósculo de Elsa!—
Les dije á las olas de encajes de nácar.

¡Entonces, oh madre, lucia la góndola
Muy blanca, muy blanca!
¡Eran muy azules, oh madre, los cielos!
¡Muy verdes, oh madre, muy verdes las aguas!
¡Era un astro mi doble armadura
De anillos de plata,
Y el plumero del casco magnífico

Parecía un joyel de esmeraldas!

II

¿Donde vás? — me preguntan las olas,
En donde se quiebra
De los tristes ponientes de otoño
La luz cenicienta,
Y el cisne, que dobla su cuello sin brillos
Y sin gentilezas,
Se desliza, tedioso y cansado,
Sobre el río, con marcha inserena.

¡Es hoy, madre, la lúgubre góndola
Muy negra, muy negra!
¡Muy opacos, oh madre, los cielos!
¡Hoy cruzan, el río, muchas hojas secas!

Roto el guantelete,

La malla deshecha;
Partida en el yelmo,
La frágil cimera;
La espada en pedazos,
La banda en jirones y mustio el emblema,
—¡Voy al Graal del olvido y la muerte!—
Mis labios contestan,
Y aun los vientos, que cruzan el río,
Me hablan de los largos cabellos de Elsa.

¡La ilusión, el jazmín de los cielos,
No enflora en la tierra,
Y los cisnes, que son esperanzas,
Doloridas las alas, regresan!

¡Tiene hoy, madre, la lúgubre góndola
Contornos y líneas de caja funérea!
¡Están, hoy, muy opacos los cielos!
¡Hoy cruzan el río muchas hojas secas!
¡Hoy, madre, las plumas

Que el casco cimbrea,
Y que bañan las últimas luces
Del sol de las puestas,
¡No son yá de color de esmeralda!
¡Las plumas del casco son negras, muy negras

XXXVIII

¡Yo soy la muchedumbre, la muchedumbre santa,
La que sus penas llora, la que sus gozos canta
Con un vocabulario sencillo y familiar!
¡Soy el clavel rasgado, de púrpura vestido,
La cavatina agreste del tordo renegrido,
Y el dúo de guitarras del baile popular!

¡No he sido simbolista, ni he sido decadente;
Mi musa es una musa que su trigueña frente
Adorna con fragantes ramitos de cedrón!
¡La décima es la rima donde á mis anchas vuelo,
Por que es la que se escucha, cuando atardece el cielo,
Junto al ombú rugoso del rancho de terrón!

¡Mi númen, que es plebeyo, con lo plebeyo goza,
Y vive con la turba, que ríe y que solloza
Sin disimulos torpes, con expontaneidad!
¡Compongo mis endechas, sin lauro y sin mañana,
Como el jilguero trina, como la fuente mana
Y como el sol esparce su roja claridad!

¡No entiendo de clausuras en torres de marfiles
Ni danzo en los bailables de rimas señoriles,
Ni busco en nuestros libros vocablos de excepción
¡Mi musa no es ni diosa, ni imperatriz, ni dama
Vestida de percales, que huelen á retama,
Mi musa es una obrera con mucho corazón!

FIN

ÍNDICE

ELEJÍAS OTOÑALES

		Página
I	El alma me dice	5
II	Como las hojas de otoño	8
III	En el fondo de los cielos	9
IV	Hay mucha luz, mucha luz	9
V	Olvidado del otoño	10
VI	No me mires, no me mires	11
VII	Con qué angustia	12
VIII	Sonaba de un organillo	13
IX	Solos los dos quedamos.	14
X	Hace muchos, muchos meses. . . .	15

XI	Está la tarde tan triste	17
XII	Siempre que cerca te miro	18
XIII	Háblame, que parecen tus labios . .	18
XIV	Corazón, cuando te canses	20
XV	En la ciudad maragata	21
XVI	Está la calle desierta	23
XVII	Un perfume de heliotropos	24
XVIII	De lo mucho que te quiero	25
XIX	No me hables, no me hables nunca .	26
XX	Madrecita mía	28

PRO ARIS ET FOCIS.

		Página
I	Estrella de los ríos	33
II	Tiene tu voz la música canora . . .	38
III	A Cárlos M. Ramirez	41
IV	El ceibo	45
V	A unos ojos pardos.	48
VI	25 de Agosto	51
VII	En la Agraciada	53
VIII	A don Quijote	62

IX	Yo soy, dulce bien mío	64
X	Historia vulgar	67
XI	Serenata criolla	72
XII	A mi divisa	76
XIII	Pasión agonizante	81
XIV	El alma charrúa	84
XV	Los humildes	91
XVI	La orquesta de las palmas.	93
XVII	In memoriam	100
XVIII	El salmo de la piedad	103
XIX	Vírgen de frente trigueña.	110
XX	Loreley.	113
XXI	Es mi alma un pebetero.	116
XXII	El himno de los ejes	117
XXIII	No hay labios que tengan	121
XXIV	La Calera de las Huérfanas	125
XXV	El cipó	133
XXVI	El sauce	135
XXVII	¡Mírame con pasión! Rapidamente .	141
XXVIII	La canción del trabajo	145
XXIX	Vive en mis bosques americanos . .	163
XXX	Alma y musa	166

XXXI La Cruz del Sur 170
XXXII El maíz 172
XXXIII Ex-voto. 178
XXXIV Las Piedras. 180
XXXV Leandro Gomez 186
XXXVI El joyero asiático 188
XXXVII Lohengrin 192
XXXVIII 197

En la página 109, donde dice:

Las almas son jigantes criaderos,

debe decir:

Las almas son jigante criadero.